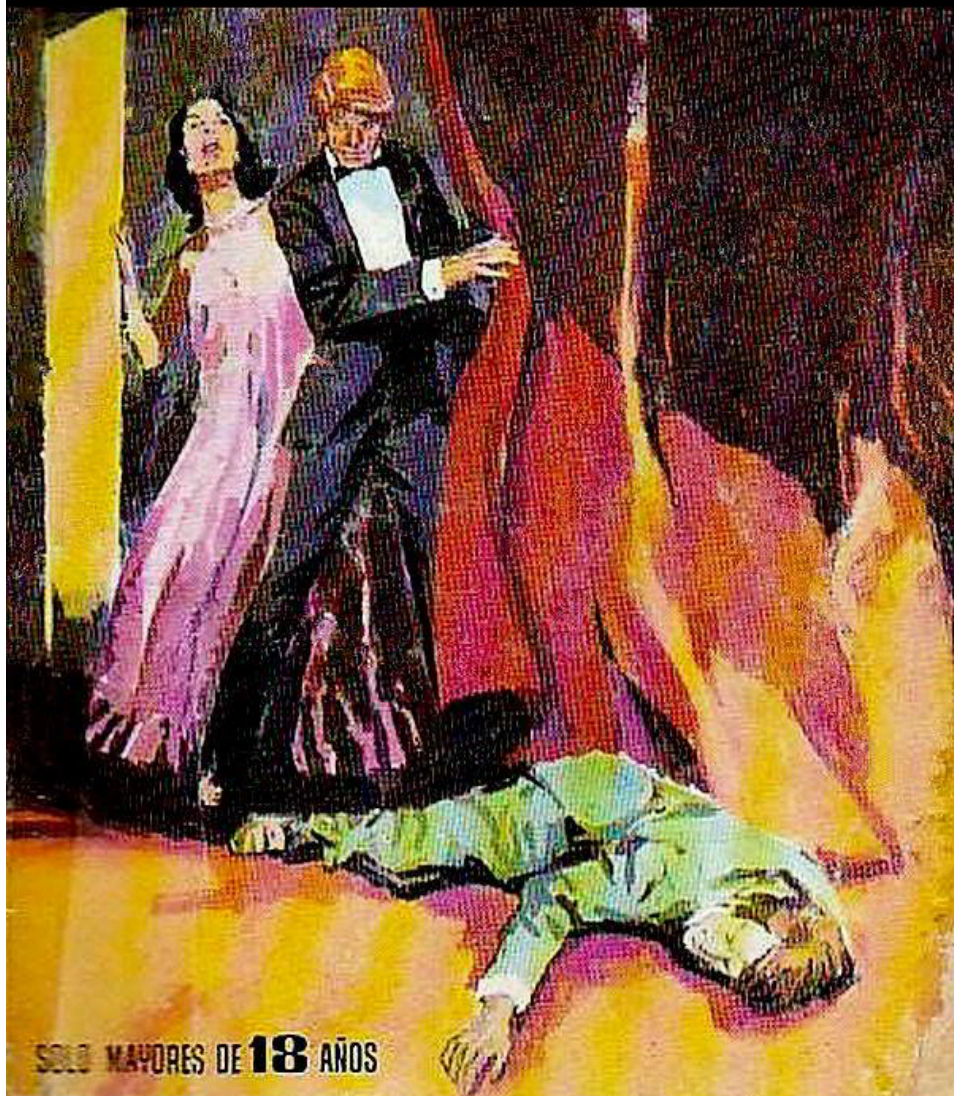


SERVICIO
SECRETO

SS

EL CADÁVER INVITADO

Clark Carrados



SOLAMENTE MAYORES DE 18 AÑOS

—Una fiesta muy animada —dijo el hombre.

—Sí, bastante —contestó Larry, a la vez que rechazaba con un gesto el ofrecimiento de un camarero de color, ataviado con chaquetilla corta, blanca, y pantalones rojos.

—A algunos les encanta celebrar los cumpleaños. A mí, no — manifestó el sujeto con voz que parecía proceder de lo más profundo de una sepultura.

Lane le miró un instante. Aquel individuo estaba tan fuera de lugar en la fiesta, como un pingüino en la arena de una plaza de toros. Era alto, delgado, de rostro muy pálido y sus mejillas eran chupadas, dando la sensación de que era un hambriento crónico.



Clark Carrados

El cadáver invitado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1558

ePub r1.0

Lds 27.01.19

Título original: *El cadáver invitado*

Clark Carrados, 1980

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—Una fiesta muy animada —dijo el hombre.

—Sí, bastante —contestó Larry, a la vez que rechazaba con un gesto el ofrecimiento de un camarero de color, ataviado con chaquetilla corta, blanca, y pantalones rojos.

—A algunos les encanta celebrar los cumpleaños. A mí, no —manifestó el sujeto con voz que parecía proceder de lo más profundo de una sepultura.

Lane le miró un instante. Aquel individuo estaba tan fuera de lugar en la fiesta, como un pingüino en la arena de una plaza de toros. Era alto, delgado, de rostro muy pálido y sus mejillas eran chupadas, dando la sensación de que era un hambriento crónico.

—Cuestión de gustos —dijo Lane. El tipo le desagradaba y se alejó—. Dispense, he visto a un amigo.

Lane mentía. No había visto a un amigo, por la sencilla razón de que no conocía a ninguno de los asistentes a la fiesta, incluyendo a la anfitriona, Spring Hawkes. La inmensa mayoría de los invitados eran jóvenes, con edades que oscilaban entre los dieciséis y los veinticinco años. Sólo había tinas cuantas parejas de edad madura, probablemente, familiares de la anfitriona.

Una hermosa muchacha, de senos generosamente contorneados y apenas cubiertos por el vestido, se acercó y le pidió fuego.

—Aquí está mi encendedor —dijo Lane, galante.

Ella aspiró el humo profundamente.

—Aaaah... Esto es otra cosa —exclamó, satisfecha—. Tengo más cigarrillos. ¿Quieres uno?

Lane percibió el olor y rechazó la oferta.

—No, gracias, no fumo.

—No sabes lo que te pierdes, buen mozo —rió ella, mientras se

alejaba.

Un poco más allá, el hombre de rostro cadavérico se había sentado en una tumbona de balancín, en un lugar relativamente sombreado, aunque no demasiado lejos de la enorme piscina, a cuyo alrededor se agitaban los invitados como indios sioux en una danza guerrera.

Alguien se acercó a Lane inesperadamente.

—A ti no te conozco yo —dijo Spring Hawkes—. ¿Quién eres?

—Lawrence Lane o, si lo prefieres, Larry. Tú eres la que celebra su cumpleaños.

—Veintiuno, en efecto.

—Felicidades, Spring. Que cumplas veintiún años siete veces más.

—Eres muy simpático, Larry. Gracias por tus buenos deseos.

Lane miró con simpatía a la anfitriona. Era una muchacha alta, de grandes ojos claros y cabello dorado, muy hermoso. Spring no era una belleza maravillosa, pero tenía una figura muy atractiva y toda ella rebosaba gracia y frescura.

—¿Quién podría desearte algún daño, Spring? —contestó, jovial.

Ella dejó de sonreír en el acto, pero fue solo un instante.

—Hasta luego, Larry —se despidió.

El hombre de rostro cadavérico estaba sentado en la tumbona. Una joven, de ojos muy brillantes, se inclinó hacia él, con el cigarrillo en los labios.

—¿Tienes fuego?

—Sí, claro.

—Oye, tienes muy mala cara —dijo la chica—. No es que quiera burlarme de ti, pero pareces un cadáver.

—He salido de mi tumba para asistir a la fiesta —declaró el sujeto con toda seriedad.

—Cada uno vive donde más le gusta. Yo, por ejemplo, vivo en el país de las hadas.

—Es un lugar muy bonito, en efecto.

La chica rió fuertemente.

—¿No bailas?

—No, gracias; asustaría a la gente con el ruido de mis huesos.

Ella empezó a sentir ciertas aprensiones. Su sonrisa se hizo forzada de repente.

—Bueno, me voy. Tanto gusto...

—Adiós, preciosa.

La chica se encontró a poco con su anfitriona.

—Oye, Spring, ¿quién es ese tipo que está sentado en la tumbona? —preguntó.

Spring volvió la cabeza.

—No lo sé —respondió—. No le he visto en los días de mi vida.

—Parece un muerto que habla... ¿Has invitado a un cadáver?

—¡Sheila! ¿Qué estás diciendo?

—Nada, mujer, era sólo una broma. Dispensa, veo ahí a un amigo y...

Lane tenía una copa en la mano. Estaba en un rincón discreto, contemplando la fiesta cuando, de pronto, se le acercó una hermosa joven.

—Hola —dijo ella—. ¿Tienes tabaco?

—Sí, claro.

—Soy Edna Henley. ¿Cómo te llamas?

—Larry Lane. Toma, fuma, Edna.

La joven aceptó el cigarrillo.

—Una fiesta muy sosa, ¿no te parece?

—¿Por qué dices eso, Edna?

—Parece una fiesta de hace veinte años; todos muy modositos, muy calladitos... A estas horas, ya deberían haberse desnudado la mitad de los invitados...

—¿Te desnudarías tú, Edna? —preguntó Lane, con la vista fija en el pomposo busto de la joven.

—Ahora mismo, si quieres —contestó ella rápidamente, a la vez que echaba mano al tirante izquierdo de su vestido.

Lane alargó la mano y detuvo el gesto.

—Espera —sonrió—. He pensado siempre que el desnudo colectivo carece de intimidad. Mejor en un lugar solitario, donde nadie nos vea... y así podremos hacer lo que nos dé la gana.

—Hay habitaciones en la casa...

«Pero, qué urgencias acometen a esta mujer», pensó Lane.

—Más tarde, en la mía, ¿eh? —dijo—. A Spring, quizá, no le gustaría.

—Conforme. Dentro de un rato vendré a buscarte —contestó la fogosa muchacha.

Lane se alejó, secándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—¿Adónde he venido a parar? —masculló.

Spring le detuvo de pronto.

—Parece que no te diviertes demasiado —dijo, sonriendo.

La música sonaba estruendosamente. Lane le hizo señas de que no entendía sus palabras. Spring pegó sus labios al oído de Lane.

—¡Digo que parece que no te diviertes mucho! —gritó.

—No puede ser. Mañana tengo una ejecución —contestó él, también a voz en cuello.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—¡Soy el verdugo y no puedo fugarme contigo!

Spring hizo un gesto de repugnancia y se alejó poco menos que a la carrera. Lane sonrió; si estaba en una fiesta de locos, ¿por qué no comportarse como uno más?

De repente, divisó a un viejo conocido y se preguntó qué podría hacer aquel sujeto en la fiesta. La respuesta, se dijo de inmediato, era obvia.

* * *

Los jóvenes vestían informalmente, pero entre las personas maduras, claro, había algunas con valiosas joyas. Lane se acercó a su antiguo conocido.

—Ed, lárgate —dijo.

Eddie Reinder, alias el Araña volvió la cabeza y torció el gesto.

—Larry —dijo.

—Tengo la impresión de que todavía no has usado tus deditos de oro. Es mejor así.

Anda, lárgate...

—Larry, te equivocas conmigo. No estoy aquí para «trabajar».

—Ya. Y yo soy un lama budista dedicado a la vida contemplativa. ¿Prefieres que avise a la policía?

Reinder se alejó, mascullando mil maldiciones entre dientes. Spring había observado la escena y se aproximó a Lane.

—¿Qué te pasa con ese sujeto? —preguntó.

—Es un ladrón. ¿Cómo le has dejado entrar en casa?

Spring se pasó la mano por la frente.

—Creo que, al dar esta fiesta, he tenido la idea más idiota de mi

vida —contestó—. Oye, ¿eres policía? ¿Cómo sabes que ese hombre es un ladrón?

—Le conozco desde hace tiempo. Pero no soy policía. Ni verdugo tampoco, claro.

—Ya me parecía a mí... Larry, ¿quieres que te diga una cosa?

—Y dos también —sonrió él—. ¿De qué se trata?

—Estoy pensando en dejarlos plantados a todos y largarme de aquí. A ti ¿qué te parece?

—Mi respuesta es: haz siempre lo que te parezca, sin perjudicar a terceros. Y me parece que si te marchases, no te echarían mucho de menos.

Había ya unos cuantos borrachos. En un rincón, sentados en el suelo, dos jóvenes de ambos sexos, fumaban intensamente. Otra pareja se acariciaba con furia, ajenos por completo a cuanto sucedía a su alrededor.

—Asqueroso —calificó Spring.

—Debieras habértelo imaginado —respondió Lane.

Ella le miró críticamente.

—Tú no eres como la mayoría de mis invitados —dijo—. ¿Por qué estás aquí?

—Recibí una invitación, no tenía nada que hacer y decidí asistir a la fiesta.

—Alguien se equivocó, probablemente, la secretaría social de mi madre. Pero no me importa. —Spring sonrió encantadoramente—. Larry, si te esperas unos minutos, voy a cambiarme de ropa, nos marcharemos los dos a... No sé, ni tampoco me importa.

¿Quieres?

—Bueno —accedió él.

—¿Tienes coche?

—Es un poco viejo, pero funciona.

—Entonces, aguárdame aquí, Larry.

—Okay, Spring.

Lane encendió un cigarrillo al quedarse solo. La fiesta alcanzaba todo su apogeo. Pronto degeneraría en bacanal, pensó. Incluso una pareja madura estaban ya manoseándose como unos adolescentes.

El hombre con aspecto de cadáver continuaba en el mismo balancín, advirtió Lane. Su presencia allí resultaba absurda, pensó.

Una chica se acercó en aquel momento al invitado de cara

chupada.

—Hola —dijo—. ¿Te aburres?

El hombre no contestó. Ella insistió:

—Vamos, chico, ánimo. No pongas esa cara de muerto. —Bajó la voz—. Tengo «hierba». Puedo darte un cigarrillo y verás cómo te sientes otro dentro de cinco minutos.

La muchacha estaba medio borracha. En vista de que el sujeto no le contestaba, sacó él cigarrillo de marihuana y se lo puso en los labios. Luego buscó fósforos y, con dedos inseguros, encendió uno, acercándolo al cigarrillo.

El sujeto continuaba inmóvil. La chica arrugó su entrecejo.

—Hombre, tienes que poner algo de tu parte —dijo—. Aspira, hombre, aspira...

Repentinamente, el individuo se deslizó de costado hacia su derecha. Luego giró con gran lentitud y acabó por caer al suelo.

Se oyó un estridente alarido. La música y los ruidos de risas y voces se acallaron instantáneamente. Todas las miradas se volvieron en el acto hacia el lugar donde había sonado el grito.

—¡Está muerto, está muerto! —chillaba la joven histéricamente—. Tiene un puñal clavado en la espalda...

Instintivamente, Lane avanzó hacia el lugar donde yacía el sujeto.

«Lo que dije: alguien invitó a un cadáver», pensó.

La muchacha que había descubierto el muerto giró sobre sus talones y echó a correr enloquecidamente. Aquello fue el principio de una desbandada que, en pocos instantes, dejó el jardín completamente desierto.

CAPÍTULO II

Sin percatarse apenas de lo que sucedía a su alrededor, Lane se arrodilló junto al caído.

No había duda, estaba muerto.

El puñal había sido clavado en el centro de la espalda, un poco a la izquierda. Un golpe certero, se dijo.

Con gran cuidado, metió la mano en las ropas del difunto y encontró documentación a nombre de Dean Hannes. Pero no halló nada que le pudiera dar una pista sobre los motivos del asesinato.

Devolvió la billetera a su sitio. Entonces, notó algo muy extraño.

Reinaba un silencio absoluto. Al volver la cabeza, vio que estaba a solas con el cadáver.

—Esto no tiene ninguna gracia —rezongó, a la vez que se ponía en pie.

¿Por qué se habían marchado todos? Sólo uno podía tener interés en huir: el asesino.

Pero los demás...

De pronto, recordó la cita acordada con Spring y avanzó hacia la casa, que se comunicaba con la gran terraza por medio de una enorme puerta cristalera. Al otro lado de la misma no había nadie, ni siquiera los criados o los camareros contratados para la fiesta.

Avanzó unos cuantos pasos y gritó el nombre de la anfitriona:

—¡Spring!

Continuó el silencio. De pronto oyó ruidos en una habitación contigua y se encaminó hacia allí.

Un hombre salió a todo correr, con algo en los brazos. Lane intentó detenerle, pero el sujeto le atropelló con enorme violencia, arrojándole contra un diván. En pocos segundos, aquel hombre, un camarero, desapareció de su vista.

—Un saqueador —murmuró amargamente.

Buscó los dormitorios. Su sorpresa y su desconcierto aumentaron hasta límites indescriptibles. Spring no aparecía por parte alguna.

Debía llamar a la policía, se dijo. Un hombre había muerto asesinado.

Buscó un teléfono y marcó un número. A los pocos segundos, oyó una voz:

—Jefatura de policía. Hable, por favor.

—Deseo informar de un asesinato. Hadbury Road, dos mil novecientos treinta y uno.

Hay un hombre muerto, apuñalado; vengan pronto, por favor.

—Déme sus datos, señor...

—Cuando llegue la primera patrulla —cortó Lane.

Dejó el teléfono en su sitio y volvió al jardín, terriblemente preocupado por la inexplicable ausencia de Spring. ¿Acaso la atractiva anfitriona tenía algo que ver con el asesinato del hombre de la cara de cadáver?

Lentamente, caminó hacia el lugar donde yacía el muerto. De repente, se detuvo, como herido por el rayo.

¡El cadáver había desaparecido!

Lane sintió un escalofrío. Allí estaban sucediendo cosas muy raras. Y no le gustaba en absoluto. Lo mejor que podía hacer era largarse inmediatamente.

No se lo pensó dos veces. Buscó la salida y se encaminó hacia su coche, estacionado a poca distancia de la casa.

Arrancó sin perder un segundo. Cuando se alejaba de aquel lugar vio venir en sentido contrario un coche patrulla. Procuró conducir con naturalidad, a fin de no hacerse sospechoso. El auto policial pasó por su lado, con gran chisporroteo de luces y estridente ulular de sirena.

Respiró aliviado. «Vaya fiestecita, con cadáver invitado», se dijo malhumorado, maldiciendo la idea que había tenido de aceptar la invitación, recibida erróneamente.

De súbito, notó movimiento en el asiento trasero.

—¿Quién está ahí? —gritó, alarmado.

—No te asustes, Larry. Soy Spring.

Aturdido por la sorpresa, Lane estuvo a punto de irse contra un árbol, aunque consiguió rectificar a tiempo. Frenó cautelosamente y se arrimó a la acera.

—Spring, por todos los diablos, ¿qué haces en mi coche? —preguntó de mal talante.

Ella pasó al asiento delantero y se sentó a su lado.

—Tienes que esconderme, Larry —rogó afligidamente.

—¿Eres tú la que has asesinado a aquel individuo?

—¡No...! —protestó ella a gritos—. No tengo nada que ver con el asesinato, te lo juro.

—Entonces, no comprendo tus ansias por ocultarte, Spring.

—Me han amenazado de muerte. Ese asesinato es una especie de advertencia, Larry.

—No entiendo nada en absoluto. ¿Por qué no te aclaras de una vez, eh?

—Larry, voy a pedirte un favor. Éste es un asunto muy grave. No me hagas preguntas, por favor. Deseo que me escondas, porque eres alguien que no ha tenido jamás relación conmigo, ni con mi familia. Si me buscan, lo harán entre mis amistades, ¿comprendes?

—Sólo a medias. ¿De veras quieren asesinarte?

—Quizá algo mucho peor —respondió Spring.

—No creo que haya nada peor que la muerte —observó él.

—La tortura, por ejemplo.

Lane respingó.

—¡Spring! ¿Quién querría torturarte? —exclamó.

—Por favor, Larry, no te entretengas más. Puede que nos estén vigilando...

—¡Demonios! ¿Quién?

Ella suspiró.

—A mí me gustaría saberlo —respondió—. ¿Tienes sitio en tu casa para mí?

Lane pisó el acelerador nuevamente.

—Por supuesto, aunque me pregunto qué dirán tus padres si se enteran de lo que estás haciendo.

—No dirán nada, Larry.

—Ah, han muerto...

—No seas idiota. Están en Europa, de viaje, y todavía tardarán un mes en regresar. Para entonces, espero, ya habré solucionado mi

problema.

—Debe ser muy grave —observó—. Cuando hay un cadáver de por medio... —De súbito, se interrumpió—. Bueno, «había» un cadáver, Spring.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella.

—La gente abandonó tu casa en una estampida de locos. Alguno, sin embargo, se quedó para robar.

—Eso no importa mucho...

—¿Cómo que no importa? ¿Qué clase de amigos tienes, que te abandonan en un momento tan crítico? —se indignó él.

—Sí, ya me he dado cuenta... Pero estábamos hablando del cadáver, Larry. Ibas a decirme algo, creo.

—En efecto. Después de la estampida, fui a la casa y te busqué por todas partes, sin encontrarte.

—Decidí que lo mejor era esconderme en tu coche. Nadie me vio salir —explicó ella.

—Ya. Bien, como iba diciendo, tu casa aparecía completamente desierta. Llamé a la policía, informé del asesinato, regresé al jardín y... ¡el cadáver había desaparecido!

—¡No! —gritó Spring.

—Sí —confirmó él, ceñudo.

De pronto, Spring se volvió hacia atrás.

—¿Qué te sucede? —preguntó Lane, fija la vista en la calle que se abría ante su coche.

—Larry..., ese bulto que hay detrás de ti... Está cubierto por una manta... Lo vi al esconderme, pero pensé que sería algo tuyo...

—¿Un bulto, detrás de mí? —rió él—. Tú no estás bien de la cabeza, chica. Oh, perdona, no quise ofenderte. Pero no hay nada en el coche, aparte de nosotros dos, naturalmente.

—Estoy viéndolo, Larry —insistió ella.

Lane apretó los labios. Por segunda vez, desvió el coche y lo detuvo junto a la acera.

Estaban en una zona residencial, donde las viviendas se hallaban muy apartadas entre sí y la iluminación era más bien escasa. Al pararse, Larry giró y vio la manta a cuadros, debajo de la cual se adivinaba un bulto de grandes dimensiones.

—Eso que hay ahí no es mío, sea lo que fuere —dijo—. Oye, saquearon tu casa; tal vez él ladrón dejó ahí su botín...

Alargó la mano, asió el borde de la manta y tiró a un lado.

Spring chilló:

—¡El muerto!

* * *

El tenue resplandor que llegaba de un farol lejano iluminaba apenas el rostro del difunto. Lane emitió un juramento en voz baja.

—Me gustan las bromas, pero que sean de buen gusto —se quejó.

—Larry, ese cadáver... Me da miedo... —gimió la chica.

—¿Crees que yo estoy dando saltos de alegría? Pero no podemos seguir con el cadáver, Spring.

—¿Qué piensas hacer, Larry?

Antes de contestar, Lane miró a su alrededor. A pocos pasos de distancia divisó un espacio cubierto de césped, casi completamente a oscuras. Sin embargo, pudo captar la silueta de un banco público, situado entre dos enormes cedros.

—Mira, Spring, lo mejor que podemos hacer es dejar ahí el cadáver de Hannes...

—Ah, le conocías.

—Vi su documentación, pero no le había visto hasta esta noche —respondió él—. Y, como iba diciendo, lo dejaremos en el banco. Creerán que es un mendigo que se ha quedado a dormir a la intemperie... y cuando lo encuentren, nosotros estaremos ya muy lejos. ¿Te parece bien?

—Sí, Larry, como tú digas.

Lane abrió la portezuela de su lado y saltó al suelo.

—Spring, tienes que ayudarme —dijo.

La muchacha se apeó. Lane se esforzó por sacar el cadáver. Agarró uno de sus brazos y lo pasó por sus propios hombros.

—Agarra tú el otro brazo —ordenó.

Spring obedeció, aunque con gran repugnancia. Lentamente, remontaron la pequeña pendiente que había hasta el banco. De súbito, un potente chorro de luz cayó sobre ellos.

—Eh, ¿qué están haciendo? —gritó alguien.

Spring lanzó un gritito de susto. Lane se volvió y divisó un coche de patrulla parado junto al suyo.

—¡No es nada, agente! —dijo—. Venimos de una fiesta y mi amigo se ha mareado.

—Va... vamos a hacer que tome un poco el a... aire —añadió ella.

El policía hizo un gesto con la cabeza.

—¡Qué juventud! —Criticó—. Está bien pero no den escándalo; esta zona es muy tranquila y a sus habitantes no les gustan los ruidos.

—Descuide, agente —respondió Lane.

El patrullero se marchó. Lane respiró largamente.

—Me he llevado un susto de muerte —confesó, mientras continuaba arrastrando el cadáver.

—¡Pesa como un muerto! —Gruñó a poco. Rió agriamente—. Claro, como que es un muerto...

Al fin, consiguió llevar el cadáver y pudo dejarlo sentado en el banco, con la cabeza doblada sobre el pecho. Algo cayó entonces al suelo.

Lane sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca.

—Necesito fumar —dijo—. ¿Quieres tú, Spring?

La muchacha no contestó. Lane no hizo mucho caso; estaba viendo brillar algo sobre la hierba. Al inclinarse, vio que era un encendedor de buen tamaño. Presionó el resorte y la llama surgió de inmediato.

El rostro del cadáver tomó un tinte rojizo. Lane le miró fijamente.

—¿Por qué te han matado, Dean Hannes? —murmuró.

Aspiró el humo.

—Spring, te he invitado a fumar y no me has contestado —reprochó.

La muchacha no dijo nada. Lane empezó a volverse lentamente.

—Conque, al fin, me ha dejado solo —dijo, rabioso.

Caminó a grandes zancadas hasta su coche.

—¡Al diablo con esa loca y con su cadáver invitado! —barbotó, mientras accionaba la llave de contacto.

CAPÍTULO III

Consultó el reloj. Apenas eran las once de la noche. No tenía sueño.

La fiesta había empezado temprano, a media tarde. Habían pasado muchas cosas desde su llegada a la residencia de los Hawkes. De pronto, Lane recordó a un viejo conocido y, movido por un extraño impulso, desvió la dirección de su coche.

Veinte minutos más tarde, entraba en un bar situado en la parte baja de la ciudad. El local estaba poco menos que vacío. Sólo había tres clientes, dos de ellos en un rincón. El tercero se hallaba en el opuesto, a punto de desplomarse debajo de la mesa.

Detrás del mostrador había dos personas: un hombre y una mujer. El individuo estaba acodado, leyendo una revista. Ella le miró con curiosidad.

—Hacía años que no se te veía él pelo por aquí, Listo —dijo la mujer.

Lane sonrió.

—Los tiempos han cambiado, Gloria Creagh —contestó—. Pero tú sigues tan guapa como siempre.

—Psé, me conservo... —Gloria se pasó las manos por los senos, redondos, exuberantes, muy atractivos—. ¿Qué te sirvo, Larry?

—Quiero hablar con Sandy —dijo él.

—Te indicaré la dirección de *madame* Blackensen. Ella puede, quizá, conseguir que hables con Sandy.

—¿Quién es esa fulana, Gloria?

—Se dedica al espiritismo. Dice que consigue que sus clientes puedan hablar con los seres queridos que están en el más allá.

Lane comprendió la respuesta.

—Sandy ha muerto —dijo.

—Me extraña que no te hayas enterado —dijo Gloria. De pronto,

se volvió hacia el camarero—: Hank, cuida del negocio. Larry, sígueme.

Gloria abandonó el mostrador y se encaminó hacia una puerta situada al fondo. Lane caminó tras ella.

Entraron en una habitación que era despacho y cuarto de descanso al mismo tiempo.

Gloria echó el pestillo y fue a buscar una botella y dos vasos.

—Al pobre Sandy le hicieron aumentar de peso, con dos onzas de plomo —dijo.

—Se habría metido en algún negocio *non sancto* —opinó él.

—Tenía que acabar así. —Gloria hablaba indiferentemente—. Yo me hice cargo del local, después de establecer un acuerdo con su viuda.

Le tendió un vaso y sonrió.

—¿A qué te dedicas ahora, Listo? —preguntó.

—Estoy de vacaciones.

—Entonces, si no tienes nada que hacer, quédate conmigo. —Ella le guiñó un ojo—. Arriba tengo algo mejor que un diván.

—Gracias, pero lo dejaremos para otro día. Sólo quería hablar con Sandy...

—¿De qué se trata? Yo también sé muchas cosas, Listo. Anda, confía en mí; soy tan discreta como una tumba.

—Está bien. ¿Conoces a un tipo llamado Dean Hannes?

Gloria se espantó.

—¡Jesús! —exclamó, a la vez que se santiguaba—. ¡El Cara de Muerto! No te cruces en su camino, Larry, por lo que más quieras.

—Ah, le llaman Cara de Muerto...

—Si hay un apodo justificado, es ése. Parece un cadáver andante...

—Ahora es un cadáver auténtico, Gloria.

Ella abrió la boca un instante. De pronto, soltó una interjección.

—¡Necesito un trago! —exclamó—. No puedes creer cae Hannes esté muerto. ¿Cómo diablos lo sabes, Listo?

—He tenido su cadáver en mis brazos, hermosa. Y no es nada que resulte agradable, puedo asegurártelo.

—Me dejas pasmada —confesó la mujer—. De todas las cosas que he oído en este mundo, ésa es la más increíble. A Hannes le llamaban como sabes, pero todo el mundo pensaba que no se le

podía matar.

—Estaban equivocados. Le clavaron un cuchillo en la espalda.

—¿Quién, Listo?

—Eso es lo que me gustaría saber, por mi propia tranquilidad.

Dime, ¿a qué se dedicaba Hannes?

—Era el hombre de confianza de Mickey Brown.

—¿El Rodillo?

—Sí, el mismo. Ya sabes por qué le llaman así; aplasta el que se pone en su camino.

Hannes era una de sus más eficaces «herramientas».

—En resumen, su hombre de confianza.

—Yo diría más bien su verdugo privado. Larry, la noticia de la muerte de Hannes va a proporcionar más de una borrachera de alegría.

—El tipo tenía muchas simpatías —comentó Lane cáusticamente.

—No te lo puedes imaginar. Pero eso provocará también las iras de el Rodillo.

Lane se encogió de hombros.

—A mí no me importa en absoluto. No tengo la menor relación con ese forajido. Ni espero tenerla en mi vida, claro —contestó.

Miró a Gloria y sonrió.

—¿Te va bien el negocio? —preguntó.

—No puedo quejarme. He heredado la clientela de Sandy. Y atraigo a mucha gente —contestó ella incitantemente.

—No me cabe la menor duda. Bien, Gloria, gracias por tus informes.

—¡Aguarda! —exclamó la mujer.

Lane se quedó quieto. Gloria se le acercó, adelantando el busto poderoso.

—No tienes ningún compromiso, que yo sepa —dijo ella.

Lane contempló un instante el profundo y cálido valle que dividía el opulento pedio femenino. Sintió un ramalazo de pasión, pero procuró dominarse.

—Lo siento, hoy no me siento con ánimos. Después de tener un muerto en brazos...

—Yo te lo haría olvidar, Listo —aseguró Gloria.

—No quiero defraudarte. Vendré otro día, sin preocupaciones, te

lo prometo.

La mujer suspiró.

—Está bien, como quieras.

Lane abrió la puerta del cuarto y salió, seguido de la dueña del local. Cuando llegaron a la sala, notaron algo extraño.

El bar estaba completamente desierto. Hasta el camarero había desaparecido.

Lane se detuvo en el umbral. Gloria chocó con él.

—¿Qué sucede, Listo?

El joven no contestó. De súbito, vio que se abría la puerta exterior. Una mano asomó y lanzó algo al centro del local.

Lane emitió un grito:

—¡Atrás, Gloria! ¡Corre!

Ella estaba paralizada. Lane giró en parte, cargó con el hombro y la derribó violentamente al suelo. Apenas un segundo después, se produjo la explosión.

Dos mesas volaron por los aires, convertidas en astillas. La estantería de los licores se vino en parte abajo. Los cristales de las ventanas saltaron en mil pedazos. El ruido de botellas rotas resultó infernal.

Volvió el silencio. El humo de la explosión empezó a disiparse. Lane se sentó en el suelo, sacudiéndose la ropa, parcialmente manchada de polvo caído del techo.

—¿Estás bien, Gloria?

Ella tenía la cara completamente descolorida.

—Larry, ¿qué... qué ha sido eso? —gimió.

—Una bomba de mano —contestó Lane, ceñudamente—. ¿Tienes enemigos?

—Sólo uno, que yo sepa...

—¿Mickey Brown?

Gloria asintió. Fuera sonó el aullido de una sirena policial.

Lane se puso en pie y tendió una mano a la mujer, para ayudarla a ponerse en pie.

—No les digas nada de Mickey —aconsejó.

Ella se sacudió la falda.

—¡Cerdo! —masculló—. Cuando le vea...

—No conseguirás nada. Si te extorsiona, paga; es lo mejor que puedes hacer.

—¿Y tú me aconsejas eso? —gritó la mujer, coléricamente.

Lane tendió la mano hacia el bar devastado por la explosión.

—La elección es tuya —contestó, en el momento en que se abría la puerta y dos policías de uniforme irrumpían en el local.

* * *

Bostezando aparatosamente, Lane entró en su casa. Se quitó la chaqueta, que arrojó sobre un diván, y luego buscó la botella, para tomarse un trago que ayudase a tranquilizar sus nervios. Había tenido que ir a la comisaría para declarar, pero no había sido un trámite muy enojoso. No obstante, se le había hecho tarde y eran ya más de las dos de la madrugada.

Estaba muerto de sueño. El día había sido muy movido, pensó, mientras, sin molestarse siquiera en encender la luz, empezaba a quitarse los pantalones. Todo había empezado en una fiesta, a las seis de la tarde... En seis horas, habían pasado muchas cosas, pensó.

Volvió a bostezar, extendió los brazos y luego, tras apartar a un lado las ropas, se metió en la cama. Entonces sonó un chillido.

Lane se sentó de golpe, súbitamente, despabilado. Encendió la luz y volvió la cabeza.

—Por todos los diablos...

Spring se sentó a su lado; llevaba en su cuerpo solamente el sostén y las bragas.

—Podías haber avisado —le reprochó.

—«Ésta» es mi casa. «Ésta» es mi cama. ¿Por qué razón he de avisar a nadie que voy a acostarme?

—Bueno, estuve aguardándote y me cansé, así que me eché a dormir y... Esperaba que encendieras la luz al volver.

—Tenía demasiado sueño y conozco bien la topografía del lugar —respondió Lane malhumoradamente—. Pero ¿cómo diablos has averiguado que vivo en este apartamento?

—Oh, la documentación de tu coche... Lo registré mientras aguardaba a que salieras de mi casa.

—Entiendo. ¿Y te abrió...?

—El conserje de noche. Le di diez dólares.

—Mañana le arrancaré la cabellera —refunfuñó Lane—. Spring, ¿por qué diablos me abandonaste allí?

—Creo que me seguían —respondió la muchacha.

Lane se pasó una mano por la cara.

—Por el amor de Dios, ¿quieres explicarte de una vez? —rogó, procurando dominar su enojo.

—Larry, no te lo tomes a mal..., pero prefiero callar, por el momento —dijo Spring con acento compungido—. Confía en mí, te lo ruego; no he hecho nada malo, pero... Estoy en un grave peligro, ¿sabes?

—¿Quieren asesinarte?

Spring hizo un gesto ambiguo.

—No diría yo que no —contestó.

—Muchacha, he averiguado quién era el cadáver invitado. Créeme. En estos momentos hay una enorme cantidad de gente que se felicitan unos a otros, invitándose a unas copas y dándose palmadas en los hombros.

—Debía de ser un hombre muy malo.

—Le llamaban Cara de Muerto. Pero ¿qué diablos había ido a hacer en tu casa?

—Eso es lo que me gustaría saber —dijo la muchacha—. Se enviaron unas cincuenta o sesenta invitaciones y había casi cien personas. Cualquiera podía entrar a tomar una copa...

—Hay muchos gorriones en este mundo —filosofó Lane—. Entonces, tú no le habías visto nunca.

—No, jamás. Pero ¿quién te ha dicho...?

Lane suspiró.

—El nombre verdadero era Dean Hannes y estaba al servicio, como hombre duro, de un tipo llamado Mickey Brown, alias el Rodillo, porque aplasta al que no se aparta de su camino. Brown es una potencia en el hampa de la ciudad: drogas, juego, extorsiones y demás medios nada honestos de aumentar la cuenta del Banco, incluyendo los seguros.

—¿Seguros? ¿De qué clase, Larry?

—Contra sus propios matones. Por ejemplo, tú tienes una tienda de lo que sea; un día te visitan dos tipos y te hacen firmar un documento por el que te comprometes a pagarles equis dólares a la semana. Puedes negarte, pero antes de cuarenta y ocho horas, tu tienda será sólo un puñado de cenizas.

—Creo que entiendo —sonrió Spring.

—Parece ser, sin embargo, que algunos clientes se resistían más de lo ordinario. O, en ocasiones, había quien sentía la tentación de traicionar a Mickey. Cara de Muerto le solucionaba estos «pequeños» conflictos.

—¿Cómo, Larry?

—Los tipos de la clase de Hannes sólo tienen una forma de solucionar problemas: apretando el gatillo.

Spring se estremeció.

—Un asesino a sueldo —dijo.

—Exactamente.

—Pero ¿qué podía hacer en mi casa? Excepto yo, no había nadie allí que mereciera sufrir las iras de ese Brown...

—Oh, eso es lo que tú no sabes, preciosa. Sin embargo, esa supuesta víctima supo burlar a Hannes.

—Y le clavó un cuchillo en la espalda.

—Eso es. —Súbitamente, Lane se echó a reír—. Bueno, me parece que no vamos a pasar aquí toda la noche, sentaditos en la cama y charlando de nuestras cosas. Si no miras, me levantaré y me iré a dormir al salón.

—Oh, no quiero que te molestes por mí...

—Entonces, me permites quedarme a tu lado.

—¡Lane! Soy una señorita —protestó ella.

Lane apartó las ropas de la cama.

—Me voy al diván de la sala —anunció—. Quiero evitarte una posible tentación, preciosa.

Ella puso las manos en los costados.

—¿Quién sentiría la tentación si continuásemos juntos? ¿Eh?

Lane rió entre dientes. Fue al ropero, agarró una almohada y una manta, luego recogió sus ropas y se marchó del dormitorio.

—Felices sueños, guapa —dijo.

CAPÍTULO IV

Ruido de cacharros y olor de café recién hecho, despertaron a Lane de su sueño. A los pocos instantes, oyó la voz de la muchacha:

—¡Arriba, vago! Son las nueve y media de la mañana. El desayuno estará listo dentro de diez minutos.

Lane se frotó los ojos. Por un momento, recordó los acontecimientos de la víspera, estremeciéndose al llegar a la explosión de la bomba. Luego fue al baño y se aseó rápidamente. Al terminar, se dirigió hacia la cocina.

—Siéntate —indicó ella—. Hay huevos, tocino, mermelada, café...

—Yo creía que las niñas ricas no sabían cocinar —dijo Lane, irónicamente.

—Esto no es cocinar, cualquiera puede hacerlo. ¿Has dormido bien?

—Sí, y, además, se me ha ocurrido una idea.

Spring le puso delante un plato con huevos y tocino.

—Soy toda oídos, buen mozo —dijo, desenvueltamente.

—Me largo de la ciudad, encanto.

—¿Adónde?

—Soplan malos vientos. Creo que me conviene estar ausente durante una temporada.

—Todavía no me has dicho adónde piensas ir —insistió Spring.

—Mi hermana tiene una casa de campo a sesenta millas. Es un lugar muy apartado; poco menos que salvaje. Tengo la llave, me refugiaré allí y dejaré pasar unas cuantas semanas, hasta que todo vuelva a la tranquilidad.

—¿Te importa que vaya contigo?

Lane respingó.

—¿Por qué?

—Yo también necesito esconderme.

—¿De quién?

Spring vaciló un momento. Luego respondió:

—Si me permites que te acompañe, te lo contaré todo, sin ocultarte el menor detalle.

Lane miró fijamente a la muchacha.

—A tus años... y ya tienes cosas que ocultar —dijo, pesaroso.

—No es nada... ilegal, aunque sí... —Spring se puso muy colorada—. Todos podemos equivocarnos, me parece. ¿No te has equivocado tú nunca?

—Temo que no estoy en condiciones de lanzar la primera piedra —sonrió Lane—. Anda, siéntate y desayunaremos juntos. En cuanto hayamos acabado, alzaremos el vuelo.

—¡Ya tenía ganas de oírte hablar así! —exclamó Spring, alegremente.

Tras el desayuno, lavaron los platos. Lane fue al dormitorio y preparó un maletín con algunas prendas. Al volver a la sala, Spring se dio una palmada en la frente.

—Tonta de mí —dijo—. Olvidaba mi bolso. Tengo allí el dinero, ¿sabes?

—Anda, date prisa —recomendó él.

La chica se alejó. Lane encendió un cigarrillo con un mechero que no era el suyo.

Entonces, recordó el que se le había caído a Hannes del bolsillo cuando lo dejaban en el banco público. Dudó un momento, pero acabó por guardárselo de nuevo.

De pronto oyó un grito sofocado de Spring. En el mismo momento, llamaron a la puerta.

—Quédate ahí, Spring —dijo el joven, alzando la voz—. Voy a ver quién es el importuno.

Ella no contestó y Lane no dio importancia a su silencio. Abrió la puerta y se encontró con dos sujetos a los que no conocía de nada.

—Hola —dijo uno de los individuos—. ¿Dónde está?

Lane tragó saliva. El aspecto de los visitantes no tenía nada de tranquilizador.

Instintivamente, retrocedió un par de pasos, lo que

aprovecharon ellos para colarse en la casa. El segundo cerró cuidadosamente y cruzó los brazos sobre el pecho, a la vez que se apoyaba en la puerta, sonriendo con aire aparentemente plácido y cordial.

—¿Dónde está? —repitió el primero que había hablado, a la vez que hacía crujir los nudillos de su mano derecha contra la palma de la opuesta.

Lane tragó saliva.

—No..., no sé de qué me están hablando...

—Lo llevaba Hannes encima, cuando murió. Tú lo registraste después de muerto.

Danos lo que le quitaste o...

El joven levantó su mano derecha.

—¡Juro que no le quité nada! —exclamó.

Pero sabía que sus protestas no iban a ser creídas y se preparó para lo peor.

* * *

Los visitantes eran hampones de la peor especie. Saltaba a la vista, a pesar de la elegancia de sus trajes, en los que no dejaba de advertirse el bulto de la pistola en el lado izquierdo. Sin embargo, Lane adivinó que preferían imponerse por el terror que inspiraba su sola presencia.

El matón le acarició la barbilla con la mano izquierda.

—Vamos, muñeco, dánoslo de una vez. No te haremos nada, te lo aseguro. Quizá se lo quitaste..., por error. Lo admitiremos y nos iremos sin más. ¿Entendido?

—Pero yo no...

—Empiezo a impacientarme —dijo el sujeto—. O me tías lo que buscamos o tomaremos medidas. ¿Has oído?

Desesperado, Lane decidió tomar la iniciativa.

—Vamos a ver —exclamó, haciendo un esfuerzo por mostrarse sereno—. ¿A quién buscan ustedes?

—A ti, claro. ¿No te llamas Larry Lane?

El joven soltó tina risita.

—¡Huy, qué despistados son ustedes! —exclamó—. Yo soy Ben Jones y en mi vida he oído hablar de ese tal Lane.

El hampón, desconcertado, se volvió hacia su compinche.

—¿Has oído, Dave? Dice que no es...

El otro hampón notó algo raro y gritó, alarmado:

—¡Cuidado, Ketchey!

Era ya tarde. El rostro de Ketchey se presentaba de perfil a Lane y éste aprovechó para disparar el puño con todas sus fuerzas contra la mandíbula del sujeto que trastabilló de costado, para caer encima de su compinche.

Los dos hombres chocaron violentamente. Lane volvió a la carga y golpeó con el pie una rodilla. Dave chilló atronadoramente y empezó a saltar a la pata coja, momentáneamente despreocupado de lo que sucedía a su alrededor.

Pero Ketchey se había recuperado y cargaba contra Lane. El joven adivinó que su antagonista no quería usar el arma; le interesaba mantenerle vivo, para conseguir lo que había ido a buscar a su casa. Ketchey golpeó duramente su hombro izquierdo y Lane dio una vuelta en redondo. Al completarla, vio venir hacia sí el puño de su adversario y se agachó velozmente.

Sin la menor consideración, alzó el pie derecho y se lo clavó al otro en la entrepierna.

Ketchey lanzó un aullido inhumano y se curvó sobre sí mismo, con las dos manos en el lugar afectado por el golpe, Lane no desaprovechó la ocasión.

Su puño derecho, empleado como una maza, cayó sobre la sien del sujeto. Ketchey se desplomó como buey apuntillado.

En el mismo momento, oyó un enorme estrépito.

Giró en redondo. Dave caía al suelo, sobre los restos de un jarrón que había sido roto en su cabeza. Al otro lado, estaba Spring.

—Muy oportuna —jadeó Lane.

—Larry...

—Ahora, no —cortó él—. Tenemos que largarnos cuanto antes. Vamos, date prisa.

Pero ella no se movió del umbral del dormitorio.

—¿Qué te pasa? Están fuera de combate; debemos aprovecharnos...

—¡Larry! —chilló Spring—. Cara de Muerto está en tu dormitorio.

Lane puso una cara de idiota imponente.

—Vamos, no digas tonterías...

—¿Quieres entrar y verlo tú mismo y convencerte? —exclamó ella, impaciente. Juntó sus manos—. Dios mío, pensar que he estado durmiendo toda la noche en compañía de un cadáver...

Lane saltó por encima del caído y entró en el dormitorio. Al agacharse un poco divisó los pies de un individuo tumbado bajo la cama.

—Pero ¿cómo ha llegado aquí este tipo? Yo le dejé en aquel banco... ¿Seguro que es Hannes?

—Yo no me había dado cuenta de nada —explicó la chica—. Pero se me cayó el bolso, con las prisas y, al inclinarme, le vi los pies. Caminé a gatas un poco, le vi la cara...

Lane repitió la operación y se levantó a los pocos instantes.

—No hay duda, es Hannes —confirmó.

Se puso en pie y se limpió de polvo las palmas de las manos.

—Spring, aprovechemos la ocasión —propuso.

—¿Piensas dejar aquí a estos dos tipos?

Lane contempló sucesivamente a los dos hampones.

—Buscaban algo, pero no tengo la menor idea de qué se trata —murmuró. De pronto, chasqueó los dedos—. Bueno, si buscaban a Cara de Muerto ya lo han encontrado.

Espera unos minutos, por favor.

Entró en el dormitorio y empezó a rasgar las sábanas. Un cuarto de hora más tarde, Dave y Ketchey, que ya empezaban a recobrarse, estaban atados y amordazados.

Inmediatamente, Lane agarró el maletín con una mano y el brazo de Spring con la otra.

—¡Larguémonos! —exclamó.

Salieron presurosamente de la casa. Lane se detuvo en una cabina telefónica dos manzanas más allá. Luego regresó al coche.

—¿Con quién has hablado? —preguntó Spring.

—He avisado a la policía. Esos dos tipos se van a ver en un buen aprieto. ¿No buscaban a Hannes? ¡Pues ya es suyo!

—Buscaban otra cosa, Larry —le recordó Spring.

—Para el caso, da lo mismo. No sé de qué se trataba ni tampoco me importa en absoluto.

Spring, comprensiva, sacó cigarrillos, encendió uno y se lo pasó al joven. Lane aspiró el humo placenteramente.

Durante un buen rato, viajaron en silencio. Luego, de pronto, Spring se volvió en el asiento y, apoyando el brazo en el respaldo, fijó la vista en el conductor.

—Larry, en tu opinión, ya que no sabemos quién lo hizo, ¿cómo murió Hannes?

—En mi opinión hay dos sospechosos. Conocí a una joven llamada Edna Henley...

—Es la primera vez que oigo ese nombre —manifestó ella.

—Entonces, mis sospechas van tomando cuerpo. Edna se movía mucho por todas partes. Tuve tiempo sobrado de observarla. Parecía muy bebida, pero he pensado mucho en ello, no creas, era sólo apariencia. Y no es tan joven como parece. El vestido, el peinado, la indumentaria..., todo eso le quitaba seis o siete años.

—Entonces, tendrá unos treinta.

—Sí, aproximadamente. En dos ocasiones la vi con Hannes. Una vez, le abrazaba apasionadamente.

—Una posición muy apropiada para clavarle a uno j un puñal en la espalda, sin que nadie se entere.

—Exacto. Por otra parte, me encontré allí un antiguo conocido, también autoinvitado, que se llama Ed Reinder, alias el Araña, porque es capaz de trepar por cualquier pared que ofrezca un mínimo de asidero. Naturalmente, para robar.

—¿Estaba enemistado Reinder con Hannes?

—Tal vez. Mickey Brown es un pulpo y extiende sus tentáculos a todo cuanto puede producirle un par de dólares. Estoy seguro de que Reinder tenía que pagar para no ir a la cárcel. Mickey está muy bien informado de todo lo que pasa en la ciudad, ¿comprendes?

—Es decir, robaba...

—Y tenía que pagar un «impuesto» a Mickey. Pero yo sé que el Araña tenía su genio.

Tal vez se hartó... y aprovechó la ocasión para devolver un golpe a Mickey. La muerte de Hannes le escocerá, seguro. Aparte de que Hannes era un tipo capaz de obedecer cualquier orden, por disparatada que fuese, era también una especie de mano derecha en sus turbios negocios.

—Es decir, Reinder pudo tomarse el desquite por alguna mala pasada que le gastó Brown en alguna ocasión.

—Si lo hizo él, no cabe duda de que tenía motivos más que

suficientes. Además, Hannes era de la clase de sujetos que disfrutaban haciendo daño a la gente.

—Vamos, un sádico.

—Sí, ésa es la palabra adecuada.

Spring hizo un leve gesto.

—Larry, ¿cómo sabes tantas cosas de esa gente? —preguntó.

Lane inspiró con fuerza.

—Hubo una época en que estuve a punto de convertirme en uno de ellos —respondió—. Afortunadamente, pude rectificar a tiempo.

—Y ahora trabajas.

—Sí.

—¿Puedo saber qué haces?

—Tengo un taller.

—Oh... Te ganas bien la vida, supongo.

—No puedo quejarme —sonrió él—. Trabajo no me falta y cobro lo que quiero por mis obras.

—Así da gusto. —Spring suspiró—. En cambio, yo, ya ves, una niña rica, sin objetivos en la vida...

—Lo extraño es que no te hayas dado a las drogas. Es común entre los que se encuentran en tus condiciones.

—Puede que sea inherente a mi organismo, pero no puedo soportar siquiera la idea de fumar un cigarrillo de «hierba». En cuanto a las otras drogas más duras... Creo que no es solución para los problemas de la existencia.

—Se deben afrontar y no rehuir. Aunque trates de conseguirlo, no puedes rehuirlos y, además, acabas mucho peor de lo que estabas. Me alegra que, al menos en ese aspecto, tengas esa forma de pensar.

—Gracias, Larry. Yo también me alegro de haberte conocido. Quizá, con tu ayuda, pueda solucionar algún día mi problema.

—Si no me lo cuentas...

—Espera a que lleguemos al escondite. Es lo acordado, ¿no?

Lane asintió.

—Sí, es cierto —convino.

CAPÍTULO V

Spring se levantó por la mañana y lo primero que hizo fue abrir la ventana de su dormitorio. Todavía en camisón, estiró los brazos y respiró a pleno pulmón.

La casa estaba emplazada en un lugar muy agreste, casi un bosque inexplorado. No lejos de ella corría un arroyo entre peñas. En las orillas crecían los álamos.

—¡Esto es vida! —exclamó gozosamente Zumbaban los moscardones y las flores chispeaban entre el césped. Al cabo de unos momentos, Spring decidió vestirse.

Cuando llegó a la sala, encontró una nota del joven sobre la mesa. Leyó a media voz:

«He ido a pescar truchas. Volveré a mediodía.
Aliméntate; estás flaca».

Spring lanzó una alegre carcajada, a la vez que se pasaba las manos por las caderas.

—Dice que estoy flaca...

De pronto, se puso seria. Acababa de pesarse en la báscula de baño y había notado la falta de un par de kilos. «Quizá Larry tenía razón», pensó.

Lane regresó a la hora señalada, con una cesta en la que habían media docena de truchas de gran tamaño.

—He tenido suerte —dijo alegremente—. Ahora almorzaremos un bocado. Para la noche tendremos el gran menú. Lo comeremos frente a la chimenea encendida...

Ella le siguió hasta la cocina. Lane limpió los peces rápida y

diestramente, y luego los puso en el refrigerador. Al terminar, miró a la muchacha de pies a cabeza. —Spring, ven conmigo— solicitó.

Ella le siguió, llena de curiosidad. Lane la llevó a las inmediaciones del arroyo, en un lugar donde las aguas saltaban desde unos tres metros de altura, y la hizo sentarse en una roca que se adentraba en la corriente.

—A ver, quédate ahí... —Lane empezó a retroceder, sin dejar de mirar críticamente a la muchacha—. La mano sobre la pierna izquierda, en la rodilla... Así, eso es. La derecha apoyada en la piedra... ¡Espera, no, suéltate primero el pelo!

—Pero ¿qué pretendes hacer? —preguntó ella, muy extrañada.

—Un momento, por favor. El pelo —insistió él.

Los largos cabellos de la muchacha cayeron sueltos sobre su espalda. Spring volvió a la posición indicada.

—Vuelve la cabeza un poco, así... Muy bien... Creo que es la postura ideal. Spring, resultaría mucho mejor si te desnudases.

Ella dio un respingo violento. Sobresaltada, perdió pie y cayó de espaldas al agua, con aparatoso chapoteo.

Riendo, Lane se apresuró a socorrerla. Agarró sus manos y la izó a pulso.

—Anda, ve a casa y cámbiate de ropa —aconsejó.

Spring, con el pelo pegado a las sienes, le miró, furiosa.

—Larry, ¿qué clase de sujeto eres? —gritó—. ¿Por qué quieres que me desnude? —Se pasó las manos por la parte delantera del cuerpo—. ¿No tienes bastante con la ropa que llevo puesta?

Lane suspiró.

—Quedaría una escena maravillosa —dijo, arrobado—. Lo titularía *La sirena del bosque... o Ninfa contemplándose en las aguas. Esperando al amado* tampoco sería mal título, ¿no te parece?

Spring se sentía pasmada.

—Pero... tú me dijiste ayer que tenías un taller... Yo pensé que eras mecánico o técnico de algo...

—Creo que no supe expresarme bien. Es un estudio de arte.

—Pintor.

—Bastante bueno, modestia aparte. Anda, te vas a resfriar; ya discutiremos el tema del cuadro más adelante.

Ella meneó la cabeza.

—Nunca lo hubiese creído —murmuró.

—¿Por qué? ¿Porque hubo una época de mi vida en que parecía destinado a ser carne de presidio? Aquello ya pasó, Spring.

—No sabes cuánto lo celebro, Larry —sonrió ella—. Sí, hablaremos del cuadro más adelante.

Y echó a correr hacia la casa, alegre y ligera como una ninfa.

* * *

Después de la cena, Spring se tendió sobre la piel que había ante la chimenea y lanzó un hondo suspiro.

—Aquí falta un perro —dijo.

—Mi hermana tiene uno y lo trae cuando vienen a pasar algunos días.

—¿Vienen? ¿Quiénes?

—Ella, su marido y los cuatro chicos. Más «Doody».

—El coche irá atestado con tanta gente —rió ella.

—Usan una furgoneta. Mi cuñado sí tiene un taller de reparaciones de automóviles. Pero creo que íbamos a hablar de ti y de tus problemas. No temas, soy más comprensivo de lo que parece, Spring. He visto muchas cosas en esta vida —dijo Lane gravemente.

Spring hizo un gesto.

—Se trata de un chantaje —contestó—. No quería que lo supiesen mis padres. Piden más de lo que yo puedo dar, sin que ellos se enteren.

—Y estás dispuesta a pagar.

—Si se hubiese tratado solamente de dinero..., bien, me habría esforzado por dárselo.

Pero querían algo más.

—¿Qué, Spring?

—¿No eres capaz de imaginártelo?

—Creo que sí —respondió Lane—. ¿Estaba allí el chantajista, en la fiesta, quiero decir?

—No lo sé con certeza, aunque es probable que sí. No le conozco, ¿entiendes?

—Cuando se trata de un chantaje, suelen intervenir dos personas como víctimas. A veces, muchas veces, una es sólo supuesta víctima y está de acuerdo con los chantajistas. ¿Asistió a la fiesta la otra víctima?

—Sí, Larry.

—¿Quién es?

—No le conoces...

—Por favor, dime su nombre.

—Dane Marlowe. Estaba enamorada de él.

—¿Y...?

—Nos sorprendieron. —Spring desvió la mirada—. Larry, creo que tienes razón; ahora sospecho que Dane estaba de acuerdo con el chantajista.

—¿Lo ves? —sonrió el joven—. ¿Se trata de fotografías?

Ella asintió, añadiendo:

—Estoy pensando... Dane lo hizo deliberadamente. Nunca se había portado como aquel día. Incluso creo que me puso algo en el champaña que estábamos tomando. Yo me sentía muy alegre, eufórica... Empecé a tirar las ropas al aire... Dane aplaudía, me besaba, me acariciaba... Larry, a decir verdad, no fue una sola fotografía. Hay treinta minutos de película.

Lane silbó.

—No se quedaron cortos —dijo—. Te enviarían una copia del filme, supongo.

—Sí. Lo proyecté a solas, vi las primeras escenas...

—Y te sentiste horrorizada, pero no debes avergonzarte. No eres la primera ni serás la última que se encuentre en tales circunstancias. Pero explícame el resto de las peticiones.

—Cien mil dólares, más una estancia de una semana en el lugar que me indicarán y..., dispuesta a todo.

—Algún prostíbulo de lujo.

—Eso creo, Larry.

—¿Te indicaron el nombre?

—No. Dijeron que ya lo harían cuando aceptase las condiciones. Dane tenía que ser el mensajero. El no quería que yo aceptase, pero ahora estoy persuadida de que su resistencia era más bien simbólica.

—¡Hablares con el tal Marlowe y le sacaremos el nombre de sus amigos! —aseguró Lane.

—Pero Larry...

—No ahora, ni inmediatamente, aunque si solucionaremos ese problema antes de que vuelvan tus padres de Europa.

Spring se sentó bruscamente en el suelo.

—¿Cómo piensas hacerlo, Larry?

—Ya buscaré alguna idea que dé resultado, no te preocupes —sonrió él—. Ahora, relájate, no pienses en otra cosa que en descansar.

Ella suspiró y se tendió de nuevo sobre la piel.

—¡Aquí se está maravillosamente! —exclamó—. ¿Todavía quieres pintar el cuadro en la roca junto al arroyo?

Lane sonrió.

—Al menos, me gustaría tomar algunos apuntes —respondió—. Pero, de momento, no es necesario que te quites las ropas.

—Empezaremos mañana —decidió Spring—. He encontrado en el ropero de tu hermana un traje de baño y eso, supongo, te hará más fáciles las cosas. Mientras, pensaré si debo posar desnuda, cuando decidas empezar el cuadro en serio.

—No hay prisas —contestó él plácidamente.

* * *

Transcurrió una semana. Al finalizar, Spring, descubrió con sorpresa que las roñas empezaban a estarle estrechas.

—He engordado —se extrañó.

—Naturalmente. Te has librado de preocupaciones, te has alimentado como Dios manda, has dormido ocho o nueve horas de un tirón, has hecho algo de ejercicio, paseando por los alrededores... Te convenía, simplemente.

—Creo que sí —sonrió la chica—. Larry, eres un tipo estupendo. Llevamos aquí una semana y, hasta el momento, no has insinuado nada torpe ni desagradable. Tu comportamiento es el de un auténtico caballero.

—Gracias, preciosa —contestó él.

—Es la verdad. Me gusta mucho que seas así, Larry te lo digo con sinceridad. Tengo amigos, pero si hubiera estado aquí con cualquier otro, no se habría portado como tú.

—O sí, ¿cómo puedes asegurarlo?

—Les conozco bien. Todos tienen dos manos, pero parecen pulpos en cuanto se me acercan —dijo Spring, riendo—. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, claro. —Lane terminó de secar los cacharros del desayuno que había lavado ella y se dispuso a salir—. Voy a ver si pesco algo...

—Todavía hay truchas en el frigorífico. Larry, ¿quieres aguardar unos momentos? Ya te llamaré.

—Está bien, como quieras.

Spring se alejó. Lane encendió un cigarrillo. Minutos después, oyó la voz de la muchacha que le llamaba desde el arroyo:

—¡Larry, ya puedes venir! ¡Trae tu cuaderno de apuntes!

Lane cogió el cuaderno y unos cuantos lápices, y salió de la casa. A los pocos instantes, se detuvo en seco.

Spring estaba sentada sobre la roca, en la postura que él le había indicado desde el primer día, pero ahora no llevaba un solo gramo de ropa sobre su hermoso cuerpo. A Larry le pareció una auténtica ninfa de los bosques. No había visto jamás nada tan bello.

—¿Larry?

—Sí... No te muevas; es la *posse* ideal —contestó él.

Había allí un taburete plegable, que había llevado el primer día, en el que se sentó de inmediato.

Durante largo rato, sólo hubo silencio en el lugar. No se oía otra cosa que el rumor de las hojas de los árboles, movidas por la brisa, y el ruido de las aguas del torrente. Con el rabillo del ojo, Lane apreció la imagen de la ardilla que, encaramada en una rama cercana, parecía contemplar muy interesada la escena.

Súbitamente, la ardilla salió disparada. Lane se preguntó qué podía haber asustado al animalito. Unos segundos después, oyó una risa burlona:

—¡Caramba, qué espectáculo tan atractivo! —exclamó Ketchey.

* * *

Spring oyó la voz del sujeto y *lanzó* un chillido de susto. Inmediatamente saltó de la roca y se cubrió el cuerpo con la toalla de baño que había llevado consigo.

Lane se levantó lentamente, todavía con el cuaderno de dibujo en las manos. Ketchey y Dave avanzaban hacia ellos y esta vez no se hallaban desprevenidos: ambos tenían sus pistolas en la mano.

—Ha costado mucho dar con vosotros, pero valía la pena —

añadió Dave.

—Larry, el apodo de Listo es Inmerecido —comentó el otro burlonamente.

—Parece que no os encerraron —respondió el joven.

—Oh, sí, pero salimos al día siguiente. Pudimos demostrar bien la coartada, con la ayuda de un buen abogado, naturalmente.

—No he oído la radio en todo este tiempo; no sé qué sucede en el mundo —dijo Lane—. ¿Han encontrado al asesino de Hannes?

—No —repuso Ketchey—, atraque eso importa menos que lo que llevaba encima.

—Dije en aquella ocasión que no le quité nada. Lo repito una vez más. Estáis buscando en vano.

Ketchey emitió una risa baja, siniestra.

—Eres un tipo astuto, pero no te servirá con nosotros —dijo—. Hoy no nos jugarás una mala pasada, como aquella vez. Dave, ¿quieres ocuparte de la chica?

—Con mucho gusto, compañero.

Dave avanzó hacia Spring. Furioso, Lane dio un paso adelante, pero el cañón del revólver del otro pistolero se apoyó en su frente.

—Quieto o te salto la tapa de los sesos —amenazó Ketchey.

CAPÍTULO VI

—Pero, bueno, ¿se puede saber qué estáis buscando? —preguntó Lane, furioso—. No oigo decir más que tonterías, sin saber de qué se trata. Si lo supiera, tal vez podría ayudaros.

—Larry tiene razón —intervino Spring, más calmada—. Yo estaba con él el día en que murió Hannes. Quizá vi algo y ahora no lo recuerdo, pero si dicen de qué se trata, puede que consiga rememorarlos.

—Hannes había traicionado al jefe —declaró Ketchey—. Se le llevó un par de cuadernos muy importantes y murió sin decir dónde los había escondido.

—A mí no me lo dijo, desde luego —manifestó Spring.

—Estoy en las mismas condiciones —añadió Lane.

—Sospechamos que Hannes escondió los cuadernos en alguna parte..., la caja de seguridad de un Banco, por ejemplo. El resguardo nos dirá dónde está esa caja.

—Yo no tengo nada —insistió el joven—. Lo siento, pero habéis perdido el tiempo.

—Eso lo vamos a ver ahora —barbotó Lane—. Empezaré por la chica...

De súbito, Spring le arrojó la toalla a la cara, cegándole momentáneamente. Ketchey lo vio y se descubrió un instante, cosa que aprovechó el joven para apartar el revólver y asestarle un tremendo puñetazo en plena boca.

Ketchey retrocedió, escupiendo sangre y maldiciones. Lane levantó el pie y golpeó su mano, haciendo que el arma saltase por los aires. En el mismo instante, Spring se inclinaba para coger una gruesa piedra.

Dave consiguió quitarse al fin la toalla que le tapaba la cabeza,

pero lo hizo justo a tiempo para recibir el impacto del pedrusco entre las dos cejas. Lanzó un gruñido y se desplomó sin sentido al suelo.

Lane conectó un derechazo al estómago de Ketchey, quien se curvó agónicamente sobre sí mismo. La rodilla del joven se levantó, saliendo al encuentro de la maltratada boca del hampón. Ketchey emitió un rugido inhumano y cayó de costado, consciente, pero incapaz de hacer el menor movimiento.

Spring aplaudió entusiasmada.

—¡Bravo, Larry!

Lane aplaudió también. Entonces, ella se dio cuenta de que continuaba aún desnuda y corrió a cubrirse con la toalla.

—Se acabó la sesión de *posse* —dijo—. Larry, ¿qué hacemos ahora?

Lane recogió los dos revólveres y los tiró al arroyo.

—Tenemos que marchamos inmediatamente, pero antes repetiremos la operación del otro día. Trae un par de sábanas, corre.

—Sí, ahora mismo.

Minutos más tarde, los dos hampones quedaban atados a sendos árboles.

—Voy a deciros una cosa —advirtió el joven—. No tengo nada que se refiera a unos cuadernos ni he visto ningún resguardo de una caja de seguridad. Si os metéis eso en la cabeza, puede que en lo sucesivo vivamos todos más felices.

—Está bien —contestó Dave, cuya frente aparecía abombada y violácea—. Te creo, pero suéltanos.

—No —dijo Lane firmemente—. Habéis intentado hacer daño a la chica y eso no puedo perdonarlo. Si podéis soltaros por vuestros propios medios, bien; en caso contrario... Por las noches se oye el aullido de los lobos. Puede que hoy se den el gran banquete.

Ketchey se espantó.

—Por lo que más quieras, suéltanos...

—Oh, vete al diablo —contestó el joven despectivamente.

El coche de los hampones había quedado a poca distancia. Lane deshinchó dos de sus ruedas, cuando ya pasaban por allí, una vez iniciada la marcha. Regresó al coche y, satisfecho, pisó el acelerador.

—Salvados —dijo alegremente.

—Larry, ¿es cierto que hay lobos? —preguntó Spring, aprensiva.

—¿Al final de la primavera, sin nieves? —Lane se echó a reír—. Pasarán un poco de miedo... y se soltarán más fácilmente de lo que ellos creen. Pero se merecen un rato de pánico, sólo por lo que intentaron hacer contigo.

De pronto, Spring apoyó la cabeza en el hombro del joven y suspiró profundamente.

—¿Sabes, Larry? Creo que estoy empezando a enamorarme de ti —dijo sorprendentemente.

Lane respingó.

—¡Spring! Por favor, no digas tonterías...

—Ah, lo calificas de tontería.

—Bueno, no es eso, exactamente, pero... Mira, en todo caso, antes de pensar en ello, hemos de suprimir preocupaciones.

—¿Qué preocupaciones?

—Tu chantaje... y el asesinato de Hannes. —Lane frunció el ceño—. No sé por qué, pero presiento que los dos temas están íntimamente relacionados.

—¿Qué te hace pensar una cosa semejante? —preguntó ella.

—El instinto. Sin embargo, no podré confirmarlo hasta haber interrogado a unas cuantas personas.

—¿Puedo saber sus nombres?

—¡Claro! Marlowe, Edna Kenley... y el Araña. Y empezaré apenas hayamos regresado a la ciudad —declaró Lane resueltamente.

* * *

—¡Hogar, dulce hogar! —exclamó Lane, apenas hubo abierto la puerta de su apartamento—. No hay nada como la propia casa, Spring, te lo aseguro.

—En eso te doy la razón —sonrió ella—. Larry, yo tendría que ir a mi casa. No sé qué ha pasado allí y, además, necesito ropas.

—Muy bien, te acompañaré en cuanto haya terminado de cambiarme —accedió el joven—. Pero antes, quiero hacer una llamada...

Levantó el teléfono y marcó el número de Gloria Creagh. Ella

contestó casi de inmediato.

—Sí, ya he reparado los desperfectos, Larry. No, no iban a por ti... Ese bastardo de Mickey sigue haciendo de las suyas... Fue un aviso para que firmase un contrato con su «compañía de seguros», ¿entiendes?

Lane se sintió más tranquilo al escuchar aquellas palabras. Después de un corto diálogo, colgó y se encaminó al cuarto de baño.

Al quitarse las ropas encontró el encendedor de Hannes, que dejó en uno de los estantes. Era demasiado incómodo, por su tamaño y peso, para llevarlo encima. Prefería una vulgar tira de fósforos.

Un cuarto de hora más tarde, agarraba el brazo de la muchacha.

—Listos, Spring.

Cuando subían al coche, hizo una pregunta:

—¿Sabes dónde vive Marlowe?

—Claro. Fue allí donde filmaron la película...

—¿Y no sospechaste de él?

—Larry, qué cosas se te ocurren. Entonces, confiaba plenamente en Dane.

—Ese miserable te engañó. Se puede sorprender a una pareja y tomar una, dos fotografías con *flash*, pero nunca filmar treinta minutos de película. Lo tenía preparado, créeme.

—Si es así, le pegaré un buen puñetazo en la nariz —dijo ella, furiosa.

—Harás muy bien —aprobó Lane.

Media hora más tarde, entraban en la casa de Spring.

—¿No hay servidumbre? —preguntó él.

—Están de vacaciones. Yo iba a marcharme después de la fiesta...

—El asesinato de Hannes provocó una estampida total. ¿Es que también se marcharon ellos?

Spring movió la mano.

—Si se fueron, regresaron, ordenaron la casa y luego iniciaron sus vacaciones —contestó—. Hay un mayordomo, la cocinera, dos doncellas...

Lane silbó.

—Como en las películas —comentó—. Bueno, anda a cambiarte;

aguardaré aquí, en el salón.

La chica se alejó. Lane fue al bar que había en un ángulo y llenó una copa. Cuando la acercaba a sus labios, vio algo que le hizo suspender el movimiento.

Al otro lado del bar, había un dibujo de flores, en un cuadro con cristal. El vidrio reflejó de pronto la figura de un hombre que le apuntaba con un revólver.

* * *

Lane volvió a dejar la copa sobre la barra. El intruso sonrió.

—Celebro su serenidad —dijo—. Siga así, muy tranquilo, y todo irá bien.

—¿Quién es usted? —preguntó el joven.

—El nombre no importa demasiado, pero se lo diré. Me llamo Terence Dillon. Los amigos me llaman Terry.

—Y tal vez alguna otra cosa peor.

Dillon rió suavemente.

—Es probable. Señor Lane, no me gusta que me den la espalda mientras hablo. ¿Quiere volverse, por favor?

El joven suspiró.

—La fuerza está de su parte —repuso.

—Ahora podremos conversar en mejores condiciones —dijo Dillon—. Señor Lane, le ruego me indique dónde está lo que le quitó a Hannes, después de su muerte.

Lane parpadeó.

—Conque es eso —murmuró.

—En efecto, es eso —corroboró él sujeto.

—Seguramente, no me creerá cuando le diga que no sé nada...

Dillon levantó el arma.

—Señor Lane, puede que yo me quede sin lo que estoy buscando, pero usted se quedará sin algo más valioso: la vida.

—No sea melodramático —refunfuñó el joven—. ¿Cómo puedo convencerle que no tengo nada de lo que desea? Ni siquiera...

—Por última vez —le conminó Dillon.

Lane extendió los brazos.

—Dispare.

Hubo un instante de silencio. Súbitamente, el rostro de Dillon se

deformó en una mueca de dolor.

Lane le miró extrañado. El sujeto abrió la boca para decir algo, pero no pudo. Sus rodillas se doblaron y cayó al suelo muy lentamente. Todavía movió las piernas unas cuantas veces. Luego se quedó quieto.

Atónito, Lane vio una pequeña mancha de sangre en la espalda de Dillon.

Durante unos segundos, permaneció quieto, estupefacto por algo que le parecía absolutamente incomprensible. De pronto, vio una figura que se alejaba rápidamente a lo largo del jardín.

La visión duró apenas un segundo. Lane se dio cuenta de que no podría asegurar si el que había matado a Dillon era hombre o mujer. Entrevió apenas un pelo rubio y un holgado chaquetón. El supuesto asesino llevaba pantalones, pero también las mujeres los usaban muy corrientemente.

Al cabo de unos segundos, se arrodilló junto al caído y registró sus ropas, pero las tarjetas no indicaban más datos, aparte del domicilio y el teléfono. Se preguntó, desconcertado, qué relación podía haber entre Dillon y Mickey Brown.

El asesino, ya no le cabía duda, había empleado un silenciador en su pistola; así había evitado el estruendo de la detonación. ¿Era un competidor de Dillon?

Spring salió en aquel momento.

—Ya estoy lista... ¡Aaaahhhhh...! —chilló de repente, al ver el cuerpo tendido en el suelo—. ¡Larry! ¿Qué has hecho?

Lane se levantó y se puso ambas manos en el pecho.

—Juro que yo no he sido —contestó—. Pero debo darle las gracias al autor del disparo.

Me ha salvado la vida.

—Estos jaleos van a acabar conmigo —se lamentó Spring—. Cualquiera día, sufriré un ataque al corazón... Pero ¿quién es ese pobre hombre?

—Nada de pobre hombre. Quería matarme, muchacha. —
¿Seguro, Larry?

—No estoy bebido —respondió él malhumoradamente—. Buscaba lo que se supone que yo quité a Hannes.

—Esos cuadernos deben de ser muy comprometedores, me imagino.

—Sí, seguramente. Pero a nosotros nos interesa más la película. Spring asintió.

—Es cierto. ¿Tienes algún plan, Larry?

—Por supuesto, pero no podrás venir conmigo.

—¿Por qué?

—Quiero ahorrarte una escena violenta.

—Vas a «sacudirle» a Marlowe.

—Puedes tener la seguridad de que lo haré, si no me dice quién tiene la película. Y el negativo, por supuesto. ¿Estás lista?

—Sí, pero ¿qué haré yo mientras tanto?

—Me esperarás en mi apartamento.

—¿Y el muerto?

Lane se encogió de hombros.

—El asesino no va a decir nada. Nosotros tampoco. Pueden suponer que es un ladrón que entró a robar, en la ausencia de los dueños de la casa —respondió.

—No es mala idea —contestó ella pensativamente—. Larry, ¿sabes?, empiezo a no temblar cuando veo un cadáver.

—A todo se acostumbra uno —dijo Lane, filósofo—. ¿Estás preparada?

—Si voy a quedarme en tu casa, necesitaré ropa de repuesto.

—Está bien, llena un maletín, pero date prisa.

—Sí, Larry.

Spring estuvo dispuesta un cuarto de hora más tarde. Dio un rodeo para evitar pasar junto al cadáver y dejó que Lane le llevase el maletín hasta el coche. Extrañada, vio que él le entregaba unas llaves.

—Esta vez no tendrás que dar propina al conserje —dijo el joven.

—Pero...

—Llévate mi coche. No salgas de casa.

—Está bien, Larry —se resignó la muchacha—. Llámame en cuanto sepas algo.

—Descuida.

Un taxi pasaba en aquél momento. Lane alzó la mano y el vehículo se detuvo. Se acomodó en el asiento posterior y dio al conductor la dirección de Dane Marlowe.

CAPÍTULO VII

Al ver a Marlowe, Lane se preguntó cómo era posible que Spring hubiese podido enamorarse de un sujeto semejante. Marlowe era la clase de tipo cuya apariencia indicaba sobradamente la «profesión» a que se dedicaba. Alto, pelo negro, brillante, tal vez anticuadamente engominado, ahora nuevamente de moda, con un fino bigotito negro, bata de seda, con muchos dibujos, pañuelo blanco al cuello y larga boquilla negra, con un cigarrillo humeante en la mano izquierda, de uñas cuidadosamente manicuradas.

Era un chulo, un *gigoló*, se dijo el joven.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó Marlowe afectadamente.

«Este tipo es maricón», pensó Lane.

Pero trató de sonreír.

—Soy Lawrence Lane, abogado de Spring Hawkes —se presentó, mintiendo en parte—. Quiero tratar con usted de un asunto muy importante, en nombre de mi cliente.

Marlowe se echó a un lado y movió la mano cortésmente.

—Estoy a su disposición, señor Lane —contestó—. ¿Me hará el honor de aceptarme una copa?

—Con mucho gusto.

Lane observó discretamente el interior del apartamento. Lujoso, refinadamente decorado, el lugar ideal para atraer mujeres más o menos hermosas, pero, indudablemente, muy cándidas... y seducirlas primero y explotarlas después, mediante el chantaje.

Al fondo, divisó una puerta de dintel en arco, con unas cortinas corridas en parte. Ello permitía ver un dormitorio que parecía propio de una película con argumento de alta sociedad. Piel blancas, paredes de tonos suaves, un enorme lecho circular...

Marlowe le tendió la copa.

—Y bien, abogado..., ¿de qué se trata?

—A mi cliente se le hizo una filmación, sin que ella se enterase y, por supuesto, sin su consentimiento. Quiero la película y el negativo —contestó Lane.

—No sé de qué me está hablando —respondió el relamido sujeto, sin inmutarse—. Spring y yo nos amábamos. Los sentimientos de ella se han enfriado, es todo cuanto puedo decirle.

Lane dejó a un lado la copa intacta. Luego, en silencio, avanzó hacia el dormitorio.

—Eh, ¿dónde diablos se cree que está? —protestó Marlowe—. Salga de ahí. Ésta es mi casa, ¿me entiende?

Lane no le hizo el menor caso. Apartó de golpe las cortinas y paseó la vista por el interior del dormitorio.

Marlowe guardó silencio. Lane exploró con la vista las paredes de la estancia. De pronto, divisó una especie de rosetón, a unos dos metros del suelo, como capitel que remataba una falsa columna de estuco.

La columna desentonaba tanto como una paletada de carbón en un montón de nieve.

Lane sonrió al ver una cosa que brillaba en el centro del rosetón.

Avanzó unos pasos más. Los pétalos de la flor que representaba el motivo ornamental, sobresalían unos centímetros. Agarró con ambas manos dos de los pétalos y tiró con fuerza.

Se oyó un fuerte chasquido. La cámara cinematográfica quedó al descubierto.

—Muy bien, ya lo ha visto —dijo Marlowe—. Ahora, lárguese inmediatamente o tendrá que lamentarlo.

Lane arrancó la cámara de un seco tirón. Al volverse, vio a Marlowe que le apuntaba con una pistola de pequeño calibre.

* * *

—Deje eso ahí —ordenó el chantajista—. Déjelo o le pegaré un tiro.

Lane sonrió. De pronto, percibió un vago perfume.

—Ha caído otra víctima, ¿eh? —Adivinó.

—Por última vez...

Bruscamente, la cámara voló por los aires y chocó con gran violencia contra el rostro de Marlowe, quien emitió un rugido de dolor. Marlowe braceó instintivamente y soltó la pistola, mientras se esforzaba por recobrar el equilibrio momentáneamente perdido.

Lane saltó sobre él y le golpeó sucesivamente en el estómago, con ambas manos.

Marlowe se quedó sin aire en los pulmones, lo que le hizo derrumbarse sobre un diván.

El joven apartó la pistola de una patada. Luego se inclinó, agarró al sujeto por la bata y lo zarandeó con fuerza, hasta que oyó el castañeteo de sus dientes.

—Quiero la película y el negativo —exclamó amenazadoramente—. Dígame dónde están o le romperé los huesos, uno a uno.

Marlowe estaba aterrado.

—Suélteme...

—Hable primero —rugió Lane.

—Yo..., yo no tengo la película...

—Su cómplice, sin duda.

—Sí, él tiene todo, la película, el negativo...

—¿Quién es? ¿Dónde vive?

—Se... se llama Evan Fourtney. Tiene una tienda de artículos cinematográficos en Smoke Canyon Road..., el número es mil trescientos cuarenta...

—Espero que me haya dicho la verdad. De lo contrario, volveré aquí y le arrancaré el pellejo a tiras.

Lane arrojó al sujeto nuevamente contra el diván. Luego recogió la cámara, sacó un extremo de la película y tiró de ella, hasta dejarla por completo al descubierto.

—Me parece que su amigo Fourtney va a perder un negocio muy interesante —sonrió.

En aquel instante, se abrió la puerta. Una hermosa mujer, ya cercana a los cuarenta años, entró en el apartamento.

—¡Dane! Creo que olvidé mi frasquito de perfume...

De pronto, vio a Lane y se quedó parada.

—¿Quién es este hombre? —exclamó la recién llegada.

—Señora, tengo la sensación de que le he evitado un serio problema —respondió Lane—. Mire esa cámara, mire la película que acabo de velar. ¿Se imagina el resto?

La mujer se sofocó violentamente.

—¿Quiero decir que ese sujeto... ha estado filmando lo que hacíamos?

—Bueno, él no, claro, pero si la cámara, que funcionaba automáticamente. Y no es usted la primera, señora. Pero ahora ya sabe la clase de personaje que es Dane Marlowe.

Marlowe extendió las manos suplicantemente:

—¡Diana, espera que te diga...! ¡Permíteme que te explique...!

—¡Se explica todo! —exclamó ella, indignadamente—. ¡Hacerme eso a mí, Dios mío!

Yo que había creído en sus promesas...

Lane soltó una risita.

—Confío en que esto le sirva de lección, señora.

Ella asintió. Entró en el dormitorio, recobró el perfumador, lo guardó en su bolso y volvió a salir. Marlowe, abrumado, no se atrevía siquiera a despegar los labios.

Súbitamente, la dama agarró un enorme jarrón y se lo tiró a la cabeza. Marlowe apenas si tuvo tiempo de poner el brazo para evitar el impacto. El jarrón cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

Marlowe lanzó un alarido:

—¡Era auténtico Sevres!

Ella abrió el bolso, sacó un billete y se lo tiró a la cara.

—Para que compres un tubo de pegamento. —Y se encaminó con vivo taconeo hacia la puerta.

Lane la imitó en el acto. Desde la entrada, movió la mano burlonamente.

—Adiós, Rodolfo Valentino —se despidió.

En la calle, se encontró de nuevo con la mujer.

—Oiga —dijo ella—, ¿es cierto que Dane se proponía hacerme chantaje?

—Repito que no es usted la primera en ser engañada, aunque sí en la suerte de evitar que le saquen dinero. He velado la película, pero ahora voy en busca de otra que, por desgracia, sí pudo ser revelada.

—No sé cómo darle las gracias... Me pregunto qué pude ver en ese tipo para... para...

Lane sonrió comprensivamente.

—A veces pasan estas cosas y uno se lleva un desengaño — contestó.

Ella le tendió la mano.

—Soy Diana Salmson. Siempre le recordaré con gratitud, señor...

—Lane, Larry Lane. Y, no tema: seré discreto.

—Gracias otra vez.

Diana subió a su coche, un costoso «Mercedes» último modelo. Lane se puso un cigarrillo en los labios. Marlowe y su amigo Fournet habían perdido un montón de miles de dólares, se dijo, mientras contemplaba alejarse a la señora Salmson.

Seguramente, tendría un esposo absorbido en los negocios...

Pero no podía quedarse allí, haciendo consideraciones más o menos filosóficas. Había que hacer una visita a Fournet.

Cuando llegó a la tienda, eran casi las siete de la tarde. Empujó la puerta y pasó al interior.

—¡Eh! —llamó—. ¿No hay nadie aquí?

En el interior del local remaba un silencio absoluto. Lane avanzó hacia el mostrador y lo golpeó con la palma de la mano.

—¡Fournet! —llamó.

Era extraño, se dijo. Si Fournet se hubiera ausentado, habría puesto algún cartel indicador en la puerta. Podía suceder, sin embargo, que estuviese en el lavabo, por lo que decidió esperar unos minutos.

La tienda era más bien modesta y no se vendían allí artículos de verdadero valer. Tal vez era una tapadera para las auténticas actividades del sujeto, supuso.

Empezó a impacientarse. Rodeó el mostrador y abrió la puerta que comunicaba la tienda con la trasera. Entonces comprendió los motivos de la tardanza del dueño del local.

Fournet no contestaría jamás a ninguna llamada. Yacía muerto, boca abajo, con un significativo orificio en la nuca.

Desde allí podía ver parte del laboratorio. Todo estaba espantosamente revuelto. Era indudable que alguien había estado registrando el lugar. Se preguntó si habría desaparecido la cinta que tanto comprometía a Spring.

«¿Cómo saberlo, en medio de aquel desorden?», pensó desanimadamente.

De pronto, percibió un extraño olor, aunque muy tenue todavía. Algo ardía en alguna parte.

Aspiró el aire con fuerza. Súbitamente, vio surgir una gran llamarada en el fondo del laboratorio.

Había gran cantidad de celuloide esparcido en el suelo. Las llamas se propagaron con enorme rapidez. Lane decidió que sólo podría salvarse si escapaba a la carrera.

Aun así, se arriesgó lo suficiente para tirar de los pies del cadáver y alejarlo del foco principal de calor. Cuando llegó a la puerta de la calle, la tienda era un enorme horno, cuyas llamas devoraban cuanto había en el interior.

* * *

Spring saltó vivamente al oír el ruido de la puerta que se abría. Lane entró, arrastrando los pies, con el cansancio reflejado en su rostro.

—¡Larry! ¿Dónde has estado? ¿Por qué has tardado tanto? —clamó la muchacha, todavía con los nervios de punta—. Creí que te habría sucedido algo.

—Ha sido una tarde infernal —contestó él, derrumbándose en un sillón—. ¿Puedes darme un poco de café?

—Sí, te lo traeré ahora mismo...

—Tranquilízate, no me ha pasado nada. Pero le ha faltado poco, créeme.

Spring le miró desde la puerta de la cocina un instante y luego se dispuso a preparar el café. Momentos después, le entregaba una taza. Agarró una silla y se sentó frente al joven.

—Hablé con Marlowe —dijo Lane, después de los primeros sorbos—. Tuve que sacudirle un poco, pero, al fin, me dio el nombre de su cómplice.

—¿Has recuperado la película?

Lane hizo un gesto negativo.

—El cómplice ha sido asesinado —contestó—. Y lo peor de todo es que no sé si la película existe todavía o ha sido destruida.

—No comprendo...

—Spring, el asesino de Fournety, quien era el cómplice de Marlowe, dejó una especie de bomba de relojería. Más bien era un

mecanismo de ignición, que prendió fuego al lugar. Era una tienda de artículos cinematográficos y ardió como la yesca.

—Oh... —Spring se puso una mano en el pecho—. ¿Habrás ardió la película, Larry?

—No tuve tiempo de encontrarla. El laboratorio aparecía completamente revuelto. Es indudable que el asesino fue a tiro hecho. Mató primero a Fournety y luego registró el laboratorio. Seguramente, se llevaría algo..., aunque ignoro de qué se trata. Por eso te digo que no sé la suerte que haya podido correr la película.

—Habrás que esperar —dijo la muchacha—. Si la han robado, alguien querrá aprovecharse y me lo notificará.

—Parece lógico —convino Lane.

—Entonces, estamos como al principio —murmuró ella desanimadamente.

—Lo siento. He hecho todo lo que he podido.

—No tienes que reprocharte nada. Al contrario, te estoy muy agradecida. Por mi culpa, te has metido en una serie de conflictos con los que no tenías nada que ver.

—Olvidas a Hannes. Ése es otro conflicto con el que sí estoy relacionado y, como te dije, sospecho está relacionado con el asunto del chantaje.

Lane frunció el ceño.

—Me gustaría encontrar los cuadernos que tanto interesan a Mickey Brown. Quizá, así, podría presionarle...

—¿Tienes alguna idea de cómo conseguirlo?

—No, pero el siguiente paso será... Mañana, por supuesto, hoy me siento molido. He tenido que pasarme un buen par de horas en la Comisaría... El siguiente paso, repito, será hablar con Edna Kenley, ver qué clase de pájara es, y luego, entrevistarme con el Araña. Si no consigo nada positivo...

Lane miró a la muchacha y sonrió.

—Pero todo acabará felizmente, ya lo verás —aseguró.

CAPÍTULO VIII

La puerta se abrió ligeramente y el ocupante del apartamento miró recelosamente a través de la rendija. Eddie Reinder fue a cerrar en el acto, pero el pie de Lane lo impidió oportunamente.

Lane cargó con el hombro derecho. Reinder salió trastabillando hasta el centro de la sala. Al recobrar el equilibrio, dirigió una mirada cargada de rencor a su inesperado visitante.

—Maldita sea —dijo—. ¿Por qué tienes que entrar así, Listo?

—Porque tú no me franqueabas el paso —contestó Lane tranquilamente—. Si me hubieses abierto la puerta, como hacen las personas honradas, con sus amigos, yo no...

—Tú no eres mi amigo. Si tienes algo que decirme, suéltalo y márchate pronto. Pero te advierto que no sé nada.

Lane sonrió.

—Eso significa que sabes mucho —dijo—. Vamos, Ed, si «afanaste» algo el día de la fiesta en casa de los Hawkes, yo cerraré el pico. No me importa que «limpies» alguna joya; normalmente, la persona que usa joyas en público, tiene dinero de sobra. Pero hubo un muerto allí y quiero hablar contigo del asunto.

—Un muerto, ¿eh? Le llamaban Cara de Muerto. Ahora está completamente justificado el apodo, Listo.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, Araña. Pero ¿quién le mató?

Reinder se encogió de hombros.

—A mí, que me registren —contestó—. Mira, Listo, tú sabes muy bien que «apiolar» gente no es mi línea. Lo mío es otra cosa, muy distinta y sin violencia...

—Menos cuando arreas un porrazo a un viandante descuidado y le «afanas» la cartera.

—Bueno, pero no golpeo para matarle y, además, elijo

cuidadosamente a mis «dientes». Tengo buena vista, ¿sabes?

—Santa Lucía te la conserve —dijo Lane sarcásticamente—. Si tan buena vista tienes, debiste ver al que se cargó a Hannes.

—No sé quién es, repito. Lo único que puedo decirte es que aquella noche agarré una buena. Al tipo que quitó de en medio a Cara de Muerto debían darle una medalla.

—No parece que Hannes fuese santo de tu devoción.

—Me atizó una soberana paliza hará siete u ocho meses. Primero vino a verme, diciendo que debía pagar un «impuesto» por mi trabajo y me señaló el «perista» al que debía vender todo lo que consiguiera con los dedos. Le envié al cuerno, por no emplear otras palabras, y el tipo pareció resignarse. Pero un par de semanas más tarde, me pilló por su cuenta en uno de los reservados del bar de Sandy y me facturó para un mes de hospital. Era un sádico, te lo juro. Un verdadero salvaje...

—No sigas, Ed. ¿Sigues vendiendo al mismo «perista»?

Reinder asintió:

—Es Bill Murphy, de la calle Veintidós, un prestamista capaz de pedir la garantía de la propia madre de uno por un cochino dólar. Sí, cada vez que «afano» algo de valor, voy allí... y me exprime como un limón.

—¿No hay posibilidad de eludir la orden?

El Araña rió amargamente.

—Los perjudicados informan a la policía de inmediato. Mickey Brown se entera... y, pobre de mí si intento ocultarle aunque sólo sea un gramo de oro.

—La muerte de Hannes no soluciona tus problemas, aunque, por ahora sea un alivio para ti. Tarde o temprano, Mickey *el Rodillo*, encontrará otro hombre de confianza y volverás a verte en la misma situación.

—¿Puedo hacer algo para evitarlo, Listo? —dijo Reinder con acento pesimista.

—¡Sí!, claro que puedes hacer. Tengo noticias que me aseguran que Cara de Muerto había traicionado a Mickey. Le quitó unos cuadernos con notas de enorme importancia, los escondió y... los secuaces de Mickey andan por ahí buscándolos como locos. Si yo pudiera encontrarlos, esos cuadernos servirían para quitar a Mickey de la circulación durante muchos años.

—¿Hablas en serio, Listo?

—No es cosa de broma, Ed.

Reinder dio un par de paseos por la estancia. Luego, de pronto, se detuvo frente al joven.

—Conforme —dijo—. Te contaré lo que sé.

—Has dicho que tienes buena vista. ¿Qué viste durante la fiesta?

—Todavía no he conseguido explicarme qué diablos tenía que hacer Hannes en aquél lugar.

—Eso no importa ahora —rezongó Lane, que empezaba a impacientarse—. Cualquiera que fuese el motivo que le llevó allí, él caso es que le clavaron un cuchillo en el corazón.

¿Quién lo hizo?

—Pues..., verás. Cara de Muerto, me parece a mí, parecía esperar a alguien... O quizá solamente vigilaba a una persona... Pero, con aquel jaleo, ¿quién diablos puede...?

—Ed, déjate de rodeos de una maldita vez —dijo el joven exasperado—. ¿Viste algo o no?

—Es que aún no estoy seguro. Si conociese a esa fulana, hablaría con ella y...

—Ah, se trata de una mujer.

—Sí. Vi que hablaba varias veces con Hannes...

Reinder se calló repentinamente. Lane observó un extraño cambio en su expresión.

El ladrón tenía la vista fija en algo que había a su espalda. Lane intuyó un peligro y se agachó velozmente, a la vez que se tiraba hacia su izquierda. En el mismo instante, oyó un tenue chasquido.

Reinder gritó algo y retrocedió, con los brazos abiertos. Lane dio varias vueltas sobre sí mismo, para alcanzar el refugio de un diván. Con el rabillo del ojo, vio que Reinder caía de espaldas.

Al mismo tiempo, oyó que se cerraba la puerta. El atacante había escapado, dedujo.

Pero no por ello abandonó el parapeto. Quizá el cierre de la puerta no era sino una trampa. El asesino esperaba acaso su reacción, para correr tras él, y le aguardaría afuera...

—Que aguarde —gruñó.

Asomó por el otro lado del diván. Reinder respiraba agónicamente.

—Ed, Ed... —llamó Lane a media voz.

Reinder hizo un esfuerzo y volvió la cabeza.

—Ed... —repitió.

Un chorro de sangre brotó de su boca y su cuerpo fue sacudido por una terrible convulsión. Los ojos de Reinder quedaron fijos en la pared situada a espaldas del joven.

Al cabo de unos momentos, Lane se arriesgó a ponerse en pie. Caminó hacia la ventana y miró a la calle. No se veía ya nada anormal.

Volvió la cabeza y contempló el inmóvil cuerpo del ladrón. El asesino había fallado el golpe, debido a su rápido gesto al agacharse. ¿O quizá había ido verdaderamente en busca de Reinder?

Era un enigma preocupante, pero no podía resolverlo quedándose allí. Nadie parecía haber advertido el suceso. Nadie le molestó cuando salió de la casa.

* * *

—¿Tienes alguna joya?

Spring respingó al oír la pregunta.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber.

—Tengo que ver a un «perista». No quiero presentarme así, como estoy. Simularé ser un ladrón...

Spring se quitó el reloj de pulsera y lo puso en manos del joven.

—Platino y brillantes —indicó—. Papá me lo regaló al cumplir los quince años.

—Bonita edad, ¿eh?

—Cualquier edad es buena, cuando se vive en paz, Larry.

—Eso sí es cierto. —Lane guardó el reloj en un bolsillo—. Solamente se lo enseñaré, no vayas a creer que pienso vendérselo.

—No me importaría perderlo, si solucionases el asunto —dijo la muchacha.

—No lo perderás, te lo aseguro.

Spring se acercó al joven y le puso las manos en el pecho.

—Me disgustaría saber que te ha pasado algo malo —murmuró cálidamente.

—Puedes estar tranquila. Soy un tipo muy listo. Y así me llamaban en mis tiempos airados.

—El Listo.

—Sí.

—Seguramente te lo merecías. Sí, te lo mereces. Se necesita ser listo, para abandonar ese género de vida. En cambio, yo, ya ves, tonta perdida, dejándome engañar estúpidamente por Dane Marlowe... Claro que, ¿quién se lo iba a imaginar? —lloriqueó Spring.

Lane le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, no te aflijas. Todo el mundo comete errores...

—Lo sé, pero si la película no aparece...

—Quizá ha sido destruida. Todavía no te han dicho nada, Spring.

—¿Cómo podemos saberlo? No me envían aquí las cartas —respondió ella.

Lane frunció el ceño.

—Puede que luego me dé una vuelta por tu buzón —dijo—. Te pidieron cien mil dólares y una semana de estancia en...

—No dijeron el lugar claramente, pero yo me lo imaginé. Aunque me amenazaron de muerte, no habría ido allí, créeme.

—Sí, te creo. Yo averiguaré todo eso... y también la identidad del tipo que liquidó a Reinder. Que debe ser, seguramente, el mismo que mató a Dillon y a Fourtney.

Lane se dirigió hacia la puerta.

—Ciérrate por dentro y no contestes si llaman. Tampoco contestes al teléfono; si tengo que llamarte yo, dejaré que suene tres veces y colgaré, para repetir la llamada treinta segundos más tarde. ¿Entendido?

Spring se esforzó por sonreír.

—Suerte, Listo —le deseó.

* * *

Lane llegó a la tienda del prestamista, con una caja oblonga colgada por una correa del hombro izquierdo. Entró y se acercó al mostrador, tras el que se encontraba un sujeto de unos cincuenta años, calvo, con nariz ganchuda y gafas con montura de acero.

—Hola —dijo Lane jovialmente—. Necesito «pasta», hermano.

—¿Cuánto? —preguntó Murphy, el prestamista.

—Dos de los grandes.

—Tendrás algo para responder del préstamo, supongo.

Lane sacó el reloj de la muchacha y lo puso sobre el mostrador. Murphy se quitó los lentes, para ponerse un anteojito de relojero y examinar la joya con todo detenimiento. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Quinientos.

—Déme el reloj, viejo cuervo —rezongó Lane—. Es platino y diamantes, todo, incluso la pulsera. Lo menos vale diez mil... y usted pretende darme sólo el cinco por ciento.

—Setecientos...

—Dos mil o nada.

—Entonces, vete al diablo. Nada —contestó Murphy malhumoradamente—. Tú no tienes que correr riesgos, como yo...

Lane recobró el reloj. Luego palmeó la caja que estaba colgada de su hombro.

—Por ese reloj, usted podría dar perfectamente tres mil dólares, que es lo que dirá a Mickey que ha pagado, si hacemos el trato. Mickey le dará ese dinero y usted ganará dos mil trescientos.

—Estás loco. ¿De dónde sacas una cosa semejante, muchacho? Yo no tengo nada que ver con el Rodillo...

—He grabado la conversación. Le enviaré a Mickey una copia de la cinta. Imagínese lo que dirá cuando sepa que le engaña.

Murphy se puso lívido.

—Por el amor de Dios, muchacho; tú no puedes hacerme eso —dijo—. Está bien, te daré tres mil...

—No quiero dinero. —Lane se inclinó sobre el mostrador—. Sólo quiero saber si Mickey tiene en su poder una película, robada de la tienda de Evans Fourtney.

¿Entendido?

—¿Y cómo diablos puedo saber yo...?

—Eso es cosa suya, Bill. Averíguelo en veinticuatro horas. Mañana, a esta misma hora, vendré a buscar la respuesta. Si no la tengo, esa misma noche, Mickey recibirá la cinta.

Lane hizo saltar el reloj en el aire y se encaminó hacia la puerta.

—Recuerde, Bill, veinticuatro horas, ni un minuto más —se despidió.

Desde la puerta, miró al prestamista. Murphy estaba muy pálido.

Con la lengua se lamía los labios resecos.

De allí, Lane se dirigió directamente a casa de Spring. Sacó el correo del buzón. Había una carta dirigida directamente a la muchacha. Llevaba fecha de varios días atrás.

—El chantajista, seguro —murmuró, mientras emprendía el viaje de regreso.

CAPÍTULO IX

Spring abrid el sobre, sacó algo y, en el acto, lanzó un agudo chillido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lane, intrigado.

Ella tenía la cara como una guinda madura.

—Es... horrible... Me envían una fotografía...

—Creo que comprendo —dijo el joven—. Dame la carta, por favor.

Spring accedió. Lane desplegó la cuartilla que estaba en su interior y leyó en voz alta:

«Prepara cien mil dólares. Te indicaremos el lugar donde debes entregarlos y entonces, recibirás una tarjeta, con las señas de la casa a la que debes ir a pasar unas vacaciones de una semana. Al terminar la semana, se te entregará la película con el negativo. Para que veas que no te engañamos, adjuntamos una fotografía, tomada de uno de los fotogramas de la película».

Miró a la muchacha y añadió:

—Eso es todo.

—No puedo hacer lo que me piden, Larry —contestó ella, encamada hasta la raíz del cabello.

—Ni yo querría que lo hicieses. Pero no te preocupes; antes de veinticuatro horas, sabré dónde está la película.

—¿De veras?

—Sí. No hagas caso del anónimo. Rompe la fotografía y procura dormir tranquila.

Spring parpadeó.

—¿Es que te marchas otra vez?

—Claro. Aún tengo que hablar con Edna Henley.

—Pero...

Lane consultó su reloj.

—Sólo son las ocho de la noche... Oh, aún no te he devuelto el reloj. Gracias por el préstamo —sonrió al entregárselo—. Ha resultado tan eficaz como... como una patada en la puerta cuando te has olvidado la llave.

Spring se echó a reír.

—Tienes un humor maravilloso, Larry —dijo.

—Hay que ser optimista..., aunque ande uno pisando cadáveres a diario. Esto parece una epidemia, encanto.

—Reinder no pudo decirte nada.

—El asesino no le dio tiempo. A propósito; puedes romper la fotografía, pero guarda la carta. Me será útil. Otra herramienta para romper la puerta sin llave, ¿comprendes?

—No, pero haré lo que dices —contestó Spring, con los ojos muy brillantes.

Lane llegó a la puerta. Ella pronunció su nombre:

—¡Larry!

El joven se volvió.

—Dime, Spring.

—Tengo que averiguar por qué se equivocó la secretaria social de mi madre y te envió una invitación.

—No creo que eso tenga mucha importancia —respondió él.

—Más de lo que te imaginas —sonrió la muchacha—. Como dije la vez anterior:

¡Suerte, Listo!

Lane sonrió. Abrió la puerta y salió, pensando en que iba a necesitar mucha suerte si quería resolver por fin aquella serie de problemas en que se había visto inmerso, al recibir, y aceptar, una invitación equivocada. «Bueno, a fin de cuentas, a mí me invitaron.

Pero ¿quien invitó a Cara de Muerto?», pensó.

Otro enigma más, suspiró, mientras hacía arrancar su coche.

Edna le miró críticamente desde el umbral. Lane pudo examinarla ahora con detenimiento. Era una mujer alta, de formas sensuales, vestida con un peinador de abundantes metros de tejido, color fucsia, que permitían entrever la silueta de un cuerpo generosamente dotado por la naturaleza. Edna Kenley parecía más alta de lo que era en realidad, debido a los zapatos que calzaba, de doce centímetros de tacón al menos y suela de tres.

—Creo que le conozco —dijo ella, después de abrir.

—Me conoces —sonrió el joven—. Soy Larry Lane. Estuvimos en la fiesta de cumpleaños de Spring Hawkes.

—Ah, sí, ahora recuerdo... Pasa, Larry; tomaremos una copa juntos.

—Gracias. Entonces había mucha gente. No pudimos conversar a gusto.

Ella fue a una consola y destapó una botella. Mientras llenaba una copa, sonrió.

—Y, de repente, te han asaltado las ganas de hablar conmigo —dijo.

—Si no tienes inconveniente, claro.

—Depende de lo que busques, Larry. Confieso que allí me porté algo... desenvueltamente, pero lo hacía el alcohol. Ya sabes lo que pasa en esas fiestas.

—Sí, claro.

Edna le entregó la copa. Lane volvió a mirarla. No, no era la muchacha alegre y despreocupada que había aparentado en la fiesta. Tenía treinta años por lo menos y una enorme experiencia de la vida.

—¿Quieres sentarte? —sugirió Edna.

—Gracias, estoy mejor de pie. Oye, quiero preguntarte una cosa... Tú ya sabes cómo terminó la fiesta.

—¡Uf! No me lo recuerdes, Larry. Me pregunto quién pudo invitar a aquel sujeto, con cara de cadáver... y que luego, efectivamente, resultó ser un muerto. ¿Le conocías tú?

—No. Después he sabido quién era. Tú hablaste con él en varias ocasiones, me parece.

—Hombre... Estaba allí y parecía muy desgraciado. Quise

animarle, pero no tenía remedio. Este tipo no se hubiera alegrado ni con mil tipos chistosos como Bob Hope.

—Una vez, le abrazaste, incluso.

Edna se puso en pie vivamente.

—¡Larry! ¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó.

Lane se dio cuenta de que la joven estaba muy sofocada. Pero antes de que pudiera hablar, se oyó el ruido de la puerta.

Un hombre entró inesperadamente. Tendría unos cuarenta años y era alto y bien parecido, vestido con gran elegancia, incluso afectadamente. Al ver a Edna en compañía de un desconocido, se detuvo a dos pasos del umbral.

—Edna, ¿quién es? —preguntó.

—Larry Lane. Estuvo en la fiesta de Spring Hawkes.

—Ah... —El recién llegado miró recelosamente a Lane—. ¿Quería saber algo, Edna?

—Debe de haber bebido, Hugh. Ha estado diciendo tonterías acerca de la conversación que tuve con Hannes... Incluso se le ha ocurrido la disparatada idea de decir que yo abracé a aquel tipo de la cara de muerto.

—Edna, todavía no me has presentado a tu amigo —dijo Lane suavemente.

—Oh, perdona... Es Hugh Blossom y, efectivamente, es un buen amigo. Tendrás que perdonarme, Larry, pero vamos a salir.

—Sí, claro. De todos modos, sé que abrazaste al tipo de la cara de cadáver.

Blossom se sulfuró.

—¿Quiere dejar de decir tonterías? —gritó descompuestamente.

—Pero ¡si es la verdad! Yo la vi..., aunque eso no tiene nada de particular. En una fiesta de cumpleaños, todos abrazan a todos Edna, incluso, dijo que por qué no nos desnudábamos...

—¡Hugh, no le creas! —gritó ella desesperadamente—. Todo lo que dice no son más que absurdas mentiras... ¿Cómo se me iba a ocurrir a mí...?

Los ojos de Blossom centellearon de furia. Avanzó hacia Lane, pero el joven retrocedió al mismo compás.

—Voy a darle una lección que no olvidará jamás —dijo Blossom rabiosamente—. Así aprenderá a no molestar a las personas decentes, miserable rufián.

De súbito, Blossom disparó el puño derecho con todas sus fuerzas. Lane adivinó las intenciones del sujeto y desvió la cabeza a un lado.

El puño pasó rozándole la oreja izquierda y se estrelló contra la pared. Se oyó un angustioso alarido, tras un estremecedor ruido de huesos rotos.

Blossom se retiró, con el rostro deformado por un dolor insoportable, el brazo derecho bajo el sobaco izquierdo, tambaleándose como un beodo. Edna se sentía aterrada.

—Hugh, cariño..., ¿qué te sucede?

Lane meneó la cabeza.

—Presiento que va a tener que solicitar los servicios de un traumatólogo. Eso es un caso claro de escayola... y largas semanas de reposo del brazo.

Caminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y sonrió una vez más.

—Edna, yo no había mencionado en absoluto el nombre del tipo de la cara de cadáver.

Tú me preguntaste quién era, lo que, en apariencia, señala tu ignorancia acerca de su identidad. ¿Por qué, después, pronunciaste el nombre de Hannes?

El rostro de la joven se quedó súbitamente sin color. Blossom, incluso, pareció olvidar por un momento los agudos dolores de su muñeca fracturada.

Lane agitó una mano.

—Llamen pronto a un médico —dijo, como despedida.

* * *

Apuró el último sorbo de café y se puso un cigarrillo en la boca.

—Edna sabe de Hannes más de lo que me dio a entender —dijo.

Spring se sentó en el suelo, junto al diván, y miró al joven fijamente.

—¿Cómo lo has averiguado, Larry?

Lane hizo un puntual relato de su entrevista con Edna. Al finalizar, añadió:

—De modo que Edna me preguntó quién era el muerto, yo no se lo dije por el momento, y luego, ella misma dijo su nombre. Eso

significa que le conocía.

—Sí, pero ¿a qué fue allí?

—Tendríamos que preguntamos a qué fueron allí todos. Porque, ahora que lo estoy pensando, creo haber visto también a su amigo, el de la muñeca rota.

—¿Cómo se llama?

—Hugh Blossom. Es alto, atlético, de unos cuarenta años, pero con la coquetería propia de una mujer madura. Es decir, se arregla y viste como un hombre con diez años menos.

Apostaría, Incluso, que se tiñe el cabello. Lo tiene rubio, muy abundante, aunque no con melenas al uso, y ondulado.

—Creo que vi a un tipo así —dijo Spring pensativamente—. Con aire de millonario rico y deportista, de esos que se hacen retratar en la borda de su yate, con gorra marina, chaqueta azul y pañuelo al cuello.

Lane chasqueó los dedos.

—Y entonces, van y anuncian un perfume varonil —dijo riendo—. Sí, es de esa clase de tipos, por fuera..., pero por dentro es muy peligroso. Astuto y despiadado, aunque no debió haber intentado golpearme teniendo yo la pared a mis espaldas.

—Debió de ser una escena inenarrable —comentó la muchacha—. Y ahora estará pasando una noche imposible, con la muñeca rota...

Lane sacudió la ceniza del cigarrillo.

—Me pregunto si tendrán algo que ver también con el chantaje —dijo.

—¿Lo crees así?

—Incluso sospecho que fueron ellos los que se «cargaron» a Hannes. Imagínate que Edna le distrae y Blossom ataca por detrás. Simula darle una palmada en la espalda, por ejemplo, pero, en realidad, lo que hace es clavarle el cuchillo. Y como están al lado de la hamaca del balancín, dejan a Hannes sentado, aparentemente dormido, y se marchan tan tranquilos.

—Es decir, Edna le sostuvo...

—Sí, más o menos, debió de ocurrir así.

—Muy bien —aceptó Spring la hipótesis—. Pero entonces, ¿por qué le asesinaron?

—No lo sé. Tendríamos que preguntárselo a ellos y, claro, no

admitirán que lo hicieron.

Sin embargo, pienso que el chantaje que tratan de hacerte está en el fondo de todo este asunto. Sobre todo, porque hay una cláusula que me parece incomprensible.

—¿Cuál?

—Tienes que pasar siete días en determinado lugar. Es una petición muy poco común.

¿Para qué obligarte a ir a ese sitio, si consiguen cien mil dólares?

Spring asintió pensativamente.

—Yo no lo comprendo tampoco, pero ¿cómo podríamos saberlo, Larry?

—Déjalo de mi cuenta. Mañana hablaré con alguien que puede darme informes sobre el particular. Y, por supuesto, a las siete de la tarde, iré a recibir la respuesta de Murphy.

—Quieres saber si Mickey Brown consiguió la película, ¿no?

Lane hizo un gesto afirmativo. Ella añadió:

—Bien, supongamos que la tiene. ¿Cómo te apoderarías de ella? Porque es de suponer que esté muy bien guardada.

—Es que Murphy me dirá dónde está. El resto queda de mi cuenta.

—¿Sabes abrir cajas de caudales, Larry?

El joven sonrió.

—Conozco a un experto que las abre como si fuesen latas de cerveza —respondió:

—Has debido vivir una existencia apasionante...

—Odio recordar aquellos tiempos —contestó Lane, muy serio—. Prefiero mi forma de vida actual un millón de veces, aunque no se puede decir que no ha sido movidita en los últimos días. Otra cosa, si necesito a ese experto en cajas de caudales, habrá que pagarle.

—Yo correré con todos los gastos, Larry —prometió Spring—. Aunque me cueste cien mil dólares...

—No será tanto y, además, no le diré nada, hasta no tener la seguridad de que no vamos a fallar el golpe. Entonces, te diré cuánto va a cobrarme el tipo, para darle el dinero y aseguramos sus «servicios».

—Cuenta conmigo —dijo la muchacha—. Larry, eres el mejor hombre con quien me he encontrado en los días de mi vida. Dios te

bendiga —añadió, conmovida.

Lane asintió:

—Gracias, pequeña flor —respondió—. Y ahora, permíteme..., pero estoy que me caigo de sueño.

Ella se levantó y se inclinó para besarle en una mejilla.

—Buenas noches, Larry.

—Buenas noches, Spring.

CAPÍTULO X

La hora era temprana para que hubiese clientes en el local. No obstante, el barman se hallaba tras el mostrador y miró a Lane con curiosidad.

—¿Dónde está Gloria? —preguntó el joven.

—Arriba, durmiendo.

—No es madrugadora —comentó Lane, riendo—. ¿Está sola?

—Sí.

Lane paseó la vista alrededor.

—Ya han arreglado los desperfectos, parece.

—Claro.

—Joe, el otro día...

—Me llamo Hank —rectificó el *barman*.

—Está bien, Hank, dispense. Decía que el otro día, cuando salíamos Gloria y yo de su despacho, alguien tiró una bomba de mano. El local estaba desierto. Alguien les obligó a marcharse. ¿Quién lo hizo?

—Dave Graham y Ketchey Dumora.

Lane sonrió.

—Les conozco. —Sacó un billete de a diez y lo puso sobre el mostrador—. Gracias, Hank.

—A usted, señor Lane.

El joven se encaminó hacia la puerta que daba al interior del local. Encontró la escalera, subió al primer piso y entró en el dormitorio de la propietaria.

Entraba algo de luz por una rendija de las cortinas. Lane las descorrió ligeramente.

Gloria no dio muestras de haberse dado cuenta de que había un intruso en la estancia.

Lane sonrió. Gloria dormía boca abajo, cubierta a medias por las sábanas, y con un camisón corto y transparente. Lane se acercó, apartó la ropa de cama y pellizcó la carne blanca y redonda del final de la espalda.

—¡Ay! —gritó ella, a la vez que giraba para sentarse bruscamente en el lecho—. ¡Larry! ¿Qué haces aquí? —se asombró.

Lane se sentó en la cama y encendió un cigarrillo.

—¿Cómo te encuentras, preciosa? —saludó.

Ella le miró oblicuamente.

—Tú quieres algo —dijo.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Bah, hemos estado años sin vemos... y, de repente, vienes a las diez de la mañana...

—Las once y media. Tienes todavía telarañas en los ojos.

—Me acosté tarde anoche. —Gloria bostezó y estiró los brazos sucesivamente—. He tenido mucho trabajo y ya conoces los motivos.

—Sí, claro. ¿Pagaste?

—¡Qué remedio! Bueno, habla de una vez. ¿De qué se trata, listo?

—Aquí, en esta ciudad, hay un prostíbulo de lujo, muy reservado, muy discreto y, naturalmente, muy caro. ¿Qué sabes sobre el asunto?

Gloria entornó los ojos.

—¿Para qué gastar dinero ahí, cuando puedes tenerlo gratuitamente? —contestó con una sonrisa maliciosa.

—Muñeca, esto es más serio de lo que parece y yo no quiero ir allí para divertirme. Es más, ni siquiera pienso cruzar la puerta. Sólo quiero que me digas lo que sabes sobre el particular.

—Está a tres kilómetros al Norte. Es una residencia muy bien cuidada, con una larga tapia, perros de presa, guardias armados... Allí van personajes de alto rango y con mucho dinero: Tengo entendido que las chicas son verdaderas beldades..., pero eso es todo lo que puedo decirte.

—Sin embargo, sabes dónde está.

—Sal por la ruta Tres, sigues tres kilómetros y, una vez pasado el pequeño puente sobre el Swammey, métete por el primer camino a la derecha. Hay un cartel que indica es la ruta que lleva a la

Denkate Farm, pero no es granja, ni rancho, ni nada por el estilo.

Lane entornó los ojos.

—Estás muy bien enterada —dijo.

El pecho opulento de la mujer palpitó con violencia.

—Estuve allí una pequeña temporada —contestó—. A la fuerza, Larry.

—¿Quién te obligó?

—Me enviaron un mensaje. No hice caso. Un buen día, se presentó el bastardo de Hannes y me enseñó un frasco de vitriolo. «Mañana —se dijo—, vendrá a buscarte un coche». Y no dijo más, Larry; me entró tal miedo... que tuve que ir al baño inmediatamente.

Lane contuvo una carcajada.

—Pobrecita —la compadeció—. Lo pasaste mal, supongo.

—Allí van una serie de tipos asquerosos, pervertidos, capaces de las mayores aberraciones. No puedes imaginarte lo que tuve que soportar... Ah, y luego, a callar... o el vitriolo.

El joven se puso en pie.

—Creo que pronto podrás leer en los periódicos algo que te hará sentirte muy feliz.

Tendrás una buena noticia sobre esa... «granja».

—Aguarda, Larry —dijo ella.

Lane se quedó inmóvil. Gloria se sacó el camisón por encima de la cabeza, lo arrojó a un lado y sostuvo sus senos con las manos, a la vez que sonreía.

—¿No sientes nada? —dijo, incitante.

—Gloria, por favor, no me tientes...

—Ven, Listo.

—¿A estas horas?

Gloria apartó del todo las ropas de la cama y se tendió de espaldas.

—Cualquier hora es buena —suspiró ardientemente.

Eran casi la tina de la tarde, cuando Lane se dispuso a salir de la estancia. Entonces, de pronto, recordó algo.

—Gloria, ¿sabes dónde está Temple Chattis?

—¿El Urraca?

—Sí, el mismo.

—Creo que puedo darte su dirección...

—No, mejor será que le avises. Dile solamente que me llame por teléfono a las nueve de la noche. Quizá tenga que encargarle un trabajito. Le pagaré lo que me pida, díselo así.

—Está bien, procuraré localizarlo, Listo.

* * *

Bill Murphy se puso rígido al ver entrar a quien no iba precisamente a solicitar un préstamo o empeñar una joya. Lane enseñó ostentosamente el *cassette* con la grabación.

—¿Y bien?

—¿Conoce la residencia de Mickey?

—Sí. Por fuera, claro.

—La caja fuerte está en el despacho, situado en el lado del norte. Hay una estantería de libros. Son falsos, decoración solamente.

—¿Qué más?

—Una hilera de libros es de color rojo. Tiene que tirar del segundo, contando de derecha a izquierda, como si fuera a sacarlo. Entonces, la estantería gira a un lado y deja la caja al descubierto. Es muy grande, casi de dos metros de altura.

—Debe de estar repleta de secretos —sonrió el joven.

Murphy torció el gesto.

—No se puede decir que yo sea un hombre honrado, pero, en comparación con Mickey, soy un fraile cartujo. Me tiene cogido por el cuello, ¿sabe?

—¿Algún documento comprometedor?

Murphy asintió:

—Una estafa, hace años... Mickey me enseñó las pruebas. Lo tiene todo muy bien ordenado dentro de la caja. Los documentos están en un sobre, con mi nombre.

—Entiendo que me ayuda también por propia conveniencia —adivinó Lane.

—Tráigame el sobre y le daré cinco mil «pavos».

—Quizá lo consiga...

—No conozco la clave, pero sé que Gratt Frampton podría abrir esa caja como si fuese la puerta de mi tienda, en horas de despacho al público.

—¿Frampton? —se extrañó el joven—. Yo había pensado en

Chattis...

—Está en el hospital. Mickey hizo que le rompiesen los diez dedos de las manos. Ya no podrá «trabajar» más en su vida.

—Mickey es rencoroso, ¿eh? Está bien, usted conoce a Frampton. Dígale que se ponga en contacto conmigo a partir de las nueve de la noche. —Escribió un número de teléfono en un papel y se lo entregó al prestamista—. Le traeré el sobre.

—Frampton actuará gratis. También tiene una cuenta que saldar con Mickey.

El joven se echó a reír.

—En este mundo no se pueden tener enemigos. Tarde o temprano, te dan un disgusto de los gordos. —Lanzó el *cassette* sobre el mostrador—. Bill, confío en que haya sido sincero conmigo.

—Encuentre el sobre, tráigalo... y tendrá cinco de los grandes.

Lane se tocó la sien con un dedo.

—Eso está hecho —se despidió.

* * *

—Larry, ¿no te parece que nos estamos metiendo en un lío demasiado complicado? —dijo Spring, después de haber escuchado el relato del joven.

—Nada de eso, preciosa. Estamos tratando de recuperar la película. No puede ser una tarea fácil.

—Me pregunto si no sería mejor dejar que hicieran lo que quisieran con ella...

—Spring, si cedes, te buscarán y te obligarán a ir a la granja... con vitriolo. Como le sucedió a una amiga mía, ¿entiendes?

Ella se estremeció.

—¿De veras pasan allí cosas tan horribles?

—Yo no lo dudo en absoluto. Pero también acabaremos con eso, créeme.

—¿Qué piensas hacer, Larry?

—Estoy aguardando una llamada. Si conseguimos llegar hasta la caja fuerte de Mickey...

El teléfono sonó repentinamente. Lane hizo un gesto con la mano.

—Aguarda —murmuró.

Levantó el aparato.

—¿Sí?

—¿Lane? Soy Murphy.

El joven presintió inmediatamente que algo no iba como debiera.

—Hable, Bill —dijo, muy rígido.

—Temo que no podrá traerme el sobre —manifestó el prestamista.

—¿Por qué?

—Frampton está en el hospital.

—¿También?

—Dio un golpe hace poco, muy productivo. Mickey se enteró y quiso cobrarle el impuesto. Frampton se negó. Mickey le envió a sus dos perros de presa.

—Dave y Ketchey.

—Exactamente. Señor Lane, ¿qué hacemos ahora?

—Por el momento, no puedo contestarle. Ya le llamaré, Bill.

—Está bien, pero haga algo...

—Lo intentaré.

Lane dejó el teléfono en su sitio.

—Las cosas se complican —dijo disgustadamente.

—¿Qué sucede, Larry?

El joven lanzó una maldición. Luego se dio un golpecito en la boca.

—Perdona, se me ha escapado sin querer... El tipo que debía venir conmigo a abrir la caja fuerte está en el hospital.

—Entonces, no podremos recuperar la película...

—Ya pensaré algo. —Lane trató de sonreír—. No te desanimes, aún no está todo perdido.

—Por mi, no me importa mucho..., pero pienso en mis padres... El es muy rígido en ciertos aspectos...

Lane trató de consolarla.

—Anda a dormir —aconsejó—. Repito que encontraremos la solución. Se lo preguntaré a la almohada; suele darme siempre buenos resultados.

Spring sacó un pañuelo y sorbió ruidosamente.

—Gracias, Larry, eres muy bueno.

El joven encendió un cigarrillo al quedarse solo. Ciertamente, las

cosas, cuando más fáciles parecían ya, se habían torcido de una forma poco menos que insoluble. Y lo peor de todo era que no se le ocurría una idea para salir de aquella situación tan incómoda.

Porque presentía que Mickey Brown iba a reaccionar y no lo pasarían muy bien. Brown se había quedado sin Cara de Muerto, pero tenía a dos salvajes capaces de hacer cualquier cosa que les ordenara.

Durmió mal y se levantó cansado y ojeroso. Fue al baño y se metió en la ducha. El agua fría pareció tonificarle. Luego se dispuso a afeitarse. Al enjabonarse la cara, se puso un cigarrillo en la boca. Entonces se dio cuenta de que no tenía los fósforos a mano. Pero el encendedor de Hannes brillaba en el estante donde lo había dejado días atrás. Al tratar de cogerlo, con dedos aún húmedos, resbaló de sus dedos y cayó al suelo.

Sonó un chasquido. Uno de los lados del encendedor se abrió, como la tapa de una caja. Algo asomó por el hueco.

Olvidado por el momento de su barba, Lane se inclinó y asió con dos dedos el papel que emergía del hueco. Estaba plegado en cuatro dobleces y lo alisó para enterarse de su contenido.

Un segundo después lanzó un estridente alarido.

CAPÍTULO XI

Ajustándose precipitadamente el cordón de la bata, Spring corrió desalada hacia el cuarto de baño.

—¡Larry! ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó, alarmada.

Lane enseñó el papel.

—¡Lo he encontrado! —exclamó triunfalmente.

—¿Qué es eso?

—El resguardo de un depósito. ¡Ahora podemos recobrar los cuadernos de Mickey Brown! Esto era lo que buscaban sus matones, ¿comprendes?

Spring se acercó al joven.

—¿Seguro? —preguntó.

—Sí. Mira, es un resguardo de la consigna del ferrocarril. Hannes dejó allí un paquete, con esos cuadernos... —Le enseñó el encendedor—. Lo tenía aquí escondido, ¿te das cuenta?

—Sí, pero... ¿de qué nos sirven a nosotros esos cuadernos?

—¿Es que no lo entiendes? Mickey los está buscando como loco. Si quiere los cuadernos, tendrá que devolvete la película y el negativo.

—¿Aceptará el trato, Larry? —dudó ella.

—Si devuelve la película, perderá cien mil dólares..., pero aún perderá más si no recobra los cuadernos: la libertad.

Spring asintió:

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó.

—Primero, rescataremos los cuadernos. Luego me pondré en contacto con él y fijaremos la hora para una entrevista. Entonces, haremos el canje, así de sencillo.

—Ojalá salga como deseas —suspiró la muchacha.

Lane se echó a reír.

—Anda a preparar el desayuno —indicó—. Voy a terminar de afeitarme.

—Cuidada, no te vayas a cortar —sonrió Spring.

Lane agarró una toalla y empezó a secarse la cara.

—Usaré la maquinilla eléctrica —dijo alegremente.

Media hora más tarde, se sentaban ante la mesa. Spring meneó la cabeza.

—Me pregunto por qué Hannes traicionó a su jefe. ¿Se te ocurre alguna idea, Larry? —dijo.

—Esa clase de tipos carecen de moral. Seguramente, se sentía descontento, porque Mickey está haciéndose inmensamente rico y a él le tocan sólo algunas migajas del pastel. Quiso extorsionarle, pero no tuvo tiempo.

—Alguien le clavó un puñal en la espalda. ¿Edna?

—Edna o Blossom. Pero no cabe duda de que lo hicieron entre los dos. De todos modos, eso importa poco ahora. Lo interesante es que estamos en el buen camino.

—Que sea como dices —deseó la muchacha ferviente—. ¿Cuándo iremos a buscar los cuadernos, Larry?

—Ahora mismo, en cuanto terminemos de desayunar —respondió Lane resueltamente.

Spring terminó de arreglarse, vistiéndose con una blusa, cazadora corta y pantalones vaqueros. Luego se colgó el bolso del hombro.

—Estoy lista —anunció.

—Vamos, ya no podemos perder un segundo más.

Salieron a la calle. Apenas habían puesto pie en la acera, dos sujetos se situaron a ambos lados de la pareja.

—Hay un coche preparado para ustedes —anunció Dave Graham.

—Y no deben rechistar o dispararemos aquí mismo —agregó Ketchey Dumora torvamente.

* * *

El automóvil se hallaba parado frente a la casa. Lane cambió una mirada con la muchacha, que se había puesto muy pálida.

—Hagamos lo que dicen, Spring.

—Será lo mejor para los dos —rió Graham entre dientes.

Dumora abrió la portezuela posterior.

—Entren —ordenó.

Graham se sentó al volante. Dumora lo hizo a su lado, vuelto hacia los dos jóvenes y ahora con la pistola en la mano, aunque prudentemente oculta con un pañuelo.

—No intenten escapar. Tengo órdenes de disparar..., y lo haré con mucho gusto, créanme.

—Ketchey, ¿qué es lo que quieren de nosotros? —preguntó el joven.

—Demasiado lo sabe, Lane.

—Ah, lo que tenía Cara de Muerto.

—Sí. Ahora lo tiene usted y estamos dispuestos a recobrarlo, al precio que sea.

—Hombre, no se ponga tan dramático —rió Lane—. No merece la pena sufrir por algo que a mí no me importa en absoluto. ¿De veras quieren los cuadernos que robó Hannes de la caja fuerte de Mickey?

Dumora se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe?

—Oh, es del dominio público... Sí, yo tengo esos cuadernos. Muy bien escondidos, claro.

Pero he tenido la mala suerte de que me pillen con la chica. No quiero que a ella le pase nada, ¿entendido?

—No les pasará nada si aparecen los cuadernos.

—Está bien. Dave, vaya por la ruta número tres. Ya le indicaré dónde debe detenerse.

—Pero ¿es que no los tiene en la ciudad? —se asombró Graham.

—¿Me toma por tonto? Haga lo que le digo y Mickey podrá dormir tranquilo esta noche.

Spring permanecía silenciosa durante la conversación, sin comprender las intenciones del joven, aunque tenía plena confianza en él. Tras el primer susto, se había recobrado y ahora se sentía extrañamente tranquila.

Salieron de la ciudad. Tres kilómetros más adelante, Lane señaló un camino.

—Sigue por ahí, Dave.

—Éste es un camino particular...

—¡Sigue! —insistió el joven.

Graham movió el volante. Lane le hizo detener el coche apenas un par de minutos más tarde:

—Aquí —indicó—. Un poco más a la derecha... Así, muy bien.

Dumora saltó rápidamente.

—Salgan —ordenó.

Lane se apeó, seguido de la muchacha. El lugar era muy agreste, con numerosos árboles. A la derecha del camino, se veía un barranco, por el que corría un riachuelo de escaso caudal.

—Los cuadernos están allí —señaló con la mano.

Graham soltó una maldición.

—¿Trata de burlarse de nosotros? —gritó descompuestamente.

Lane no se inmutó.

—No seas idiota. Ése era el mejor escondite que podía encontrar —mintió—. Mira aquel árbol, él más cercano al arroyo. En el lado opuesto, hay un hueco. Dentro están los cuadernos.

—Muy bien. Voy a bajar a buscarlos. Ketchey, si ese tipo nos ha engañado, dispara un tiro a una de las piernas de la chica. Y si aún así no nos quiere decir la verdad, mátalos a los dos.

—Descuida —contestó Dumora.

Graham inició el descenso por el terraplén, que tenía unos diez o doce metros de altura. Dumora quedó a la derecha de Lane, sin dejar de encañonarte con la pistola.

Spring dirigió una mirada suplicante al joven. Lane la captó y contestó con un leve pestañeo. Luego estiró ligeramente el brazo, para tranquilizar a la chica con un furtivo contacto de su mano.

Graham tropezó una vez, cayó, rodó un par de veces y se levantó, profiriendo toda suerte de maldiciones. Cuando llegaba a las inmediaciones del arroyo, Lane lanzó un agudo grito:

—¡Ése no, idiota! ¡Te dije el de al lado, el de la derecha!

Graham se desconcertó un instante. Con el rabillo del ojo, Lane apreció que su grito había distraído a Dumora, cuya vista se posaba ahora en el fondo del barranco.

Inmediatamente, movió la mano izquierda, desvió la pistola y, con la derecha, le asestó un terrible empujón.

Dumora aulló a la vez que caía rodando por el terraplén. Graham oyó el grito y se volvió.

—¡Spring, corre! —ordenó el joven.

Ella no se hizo de rogar. Lane retrocedió, cuando sonaba el primer disparo.

La bala pasó alta. Lane corrió al coche y lo desfrenó. Había allí una ligera pendiente y el vehículo empezó a rodar con lentitud. Lane permaneció allí todavía un segundo, hasta que se dio cuenta de que ya nada podría detener el descenso del coche.

Abajo sonó un grito de furia. La velocidad del automóvil alimentó. De pronto, llegó al borde del barranco y se precipitó hacia abajo.

Dumora se incorporaba en aquel momento y lanzó un chillido de pánico. Saltó hacia atrás, pero no pudo evitar un golpe de la aleta delantera, que le arrojó a gran distancia, dando volteretas. Al acabar su viaje, quedó en el suelo, convertido en un ovillo.

Graham emitió un horrible alarido al ver la masa que se le echaba encima. Había cubierto ya la mitad de la pendiente y no tuvo tiempo de apartarse a un lado.

El morro del vehículo lo alcanzó de lleno, arrojándolo hacia atrás con indescriptible violencia. Graham cayó de espaldas, con los brazos abiertos. El coche se encabritó una vez, al tropezar con un pedrusco. Luego, la rueda delantera izquierda cayó pesadamente sobre el tórax del pistolero.

El estruendo producido por el coche al estrellarse contra un árbol fue el final. Lane sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que cubría su frente.

Spring le llamó a gritos:

—¡Larry, Larry!

Lane se volvió.

—No te preocupes, estoy bien —dijo.

Ella se le acercó, mirándole como si contemplase a un resucitado.

—No te han hecho nada...

De pronto, se colgó de su cuello, agitada por los sollozos que brotaban incontinentemente. Lane procuró calmarla.

—Vamos, ya ha pasado todo —dijo persuasivamente—. Ya no hay motivos para sentir miedo.

Spring hipó unas cuantas veces.

—No creí volver viva...

—Y, si de verdad, hubieran estado ahí los cuadernos, no

habríamos vuelto con vida a la ciudad.

—¿Tú crees?

—Mickey habría pensado que yo podía haberlos leído y hasta sacar copias. No quiere correr riesgos, aunque en estos momentos ignora lo que ha sucedido. Y ésta es nuestra ventaja.

—No entiendo, Larry.

—Lo sabrás muy pronto. Ahora tendremos que regresar a pie.
Haremos
auto-stop
en la carretera...

—Hay algo que me resulta ininteligible, Larry. ¿Por qué los trajiste a este lugar?

—Era el más adecuado. Ayer me acerqué a echar un vistazo a Denkate Farm. Vi el barranco... y cuando nos hicieron subir al coche, me di cuenta de que corríamos el riesgo de no volver vivos. Por eso decidí traerles aquí; era el mejor sitio para defendernos.

—Quizá no estén muertos...

—No voy a entretenerme en apreciar su estado de salud. Son gente mala, no vale la pena preocuparse por ellos. Han recibido exactamente lo que se merecían.

Rodeó los hombros de la muchacha con un brazo y la empujó suavemente.

—Vamos —dijo—. Por el camino te explicaré lo que debes hacer. Tú también tienes que desempeñar un papel en este asunto, ¿entiendes?

—Sí, Larry, haré lo que tú digas —suspiró la muchacha.

* * *

—Soy Larry Lane —dijo el joven a media tarde—. Tengo los cuadernos. Quiero la película y el negativo, y usted ya sabe a qué me refiero, Mickey Brown.

—Haremos un intercambio —propuso el aludido.

—Conforme.

—¿Cómo sé que luego no tratará de gastarme una jugarreta? Ha podido obtener una copia...

—Usted tiene que fiarse de mí y viceversa. Le garantizo que no hay copia de los cuadernos. ¿Puede decirme lo mismo de la

película?

—No hay copia, Lane —respondió Brown.

—Bien, entonces, me tendrá ahí dentro de una hora exactamente... —Lane consultó su reloj—. A las seis quince —puntualizó.

—De acuerdo.

Lane dejó el teléfono sobre la horquilla y miró a la muchacha.

—Ahora te toca a ti —indicó.

Spring asintió. Levantó el aparato, marcó un número y gritó:

—¡Policía, socorro! Vengan pronto, por el amor de Dios... ¡Estoy secuestrada en Denkate Farm! Me han traído a la fuerza, pero he conseguido llegar hasta el teléfono...

Sin embargo, no puedo salir de la casa... ¡Socorro, ya vienen a matarme...! ¡Aaaaagh...!

Lane golpeó el soporte del teléfono con brusquedad. Sonrió.

—Un coche de patrulla saldrá disparado inmediatamente hacia Denkate Farm —dijo—. Ahora, Spring, la siguiente llamada corre de mi cuenta.

El joven marcó otro número. A los pocos segundos dijo:

—Con la redacción, por favor. Quiero hablar con Solly Crowdon... ¿Solly? ¿Que quién soy? Oh, usted no me conoce, pero no importa. Tengo una buena noticia... Ah, piensa que es una broma de mal gusto... Bueno, como quiera, pero llamaré a Harry Kuhnel, del *Courier*, y le diré que hay un coche patrulla en dirección a Denkate Farm, donde una mujer está secuestrada contra su voluntad... Ah, que no le diga nada a Kuhnel. Muy bien, pero dese prisa y conseguirá la mejor noticia en muchos meses. De nada, adiós.

Dejó el teléfono en su sitio y miró a la muchacha.

—Crowdon y Kuhnel son encarnizados rivales —explicó.

—He leído crónicas de los dos —dijo Spring.

—Entonces, conocerás su estilo.

—Sí, pero ¿has hecho bien?

—Estoy pensando en que tú podrías haber acabado en aquel antro de vicio y la idea no me gusta nada —respondió Lane—. Bien, voy a prepararme para la entrevista con Mickey Brown.

—¿Crees que debo ir?

—Ni lo sueñes.

Lane se encaminó hacia la puerta.

—Te estarás aquí, quietecita, hasta que yo regrese —añadió.

Spring sonrió, sin despegar los labios.

—Suerte, Listo —deseó fervientemente.

CAPÍTULO XII

Era enormemente grueso, de ojos casi invisibles a causa de la grasa que los rodeaba, y dedos como morcillas, en los que destellaban varias sortijas de gran precio. «Apostaría a que no te han costado un solo centavo», pensó Lane al contemplar a Mickey Brown.

—Trae los cuadernos, supongo —dijo el sujeto.

Lane puso encima de la mesa un maletín y una caja oblonga, de una forma un tanto especial.

—Están aquí —respondió.

—Enséñelos.

Lane abrió el maletín. Brown contempló los cuadernos un instante y luego asintió:

—Sí, son éstos —dijo—. No habrá sacado copias.

—Le di mi palabra. Espero que usted haya hecho lo mismo con la película.

—Descuide.

Brown se levantó pesadamente y fue hacia la estantería. Agarró uno de los libros rojos y tiró hacia sí.

La estantería giró silenciosamente a un lado, dejando al descubierto la enorme caja fuerte que estaba empotrada en la pared. Brown miró la combinación y luego abrió la puerta.

—Ah —dijo Lane—, ahí veo un sobre con el nombre de Bill Murphy. Démelo también.

—El trato era solamente la película —rugió Brown.

—Considérelo como una propinilla —sonrió el joven—. Por favor, el sobre...

Brown lo arrojó volando. Lane lo atrapó antes de que cayera sobre la lujosa mesa de despacho.

—Luego le diré cuatro palabritas a Murphy —gruñó el gordo.

Sacó dos cajas cuadradas, planas, y regresó a la mesa—. Ahí están la película y el negativo —indicó.

Sin perder la calma, Lane destapó la caja que había llevado consigo y extrajo una pequeña moviola, por medio de la cual y, sucesivamente, comprobó los primeros y últimos fotogramas, tanto de la película como del negativo. Una vez estuvo seguro de que había conseguido lo que buscaba, sacó los cuadernos y se los entregó a Brown.

—Aquí tiene —dijo—. Pero temo que no le van a servir de nada. Brown levantó las cejas.

—¿Usted cree? —Golpeó uno de los cuadernos con el índice—. Aquí tengo prisionera a media ciudad —añadió burlonamente.

—Repito que de poco le van a servir En estos momentos la policía está registrando Denkate Farm.

* * *

Brown oyó aquellas palabras y se puso lívido.

—¡Me ha traicionado! —bramó—. No ha cumplido el pacto...

—Calma, gordito —dijo Lane fríamente—. El trato se refería a los cuadernos y a la película. Cierto que me llevo también el sobre de Murphy, pero esto no tiene importancia; ya dije que es como una propina. Sin embargo, lo de Denkate Farm se ha acabado para siempre.

Súbitamente, se abrió la puerta y entraron dos personas, Hugh Blossom y Edna Henley.

Blossom exclamó:

—Jefe, tengo malas noticias... —Vio a Lane y se interrumpió en el acto—. ¿Qué hace aquí este sujeto? —exclamó airadamente.

—¿Qué tal, Hugh? ¿Cómo va su muñeca? —saludó el joven con toda cortesía.

Blossom tenía el brazo derecho en cabestrillo, enyesado desde la mano al codo.

—Puedo manejar la pistola con la mano izquierda —amenazó.

Edna le miraba rencorosamente.

—¿A qué has venido? —preguntó.

—El gordito y yo hemos sostenido una interesante charla, acerca de unos negocios muy particulares —contestó Lane jovialmente.

Señaló la película, a medio enrollar todavía, encima de la mesa—. Hemos hecho un intercambio: los cuadernos por el filme. Pero, Edna, creo que a Mickey le gustará saber por qué liquidaste a Cara de Muerto.

—¿Qué estás diciendo? —gritó ella—. Yo no lo hice...

Lane entornó los ojos.

—Cuando tu acompañante disparó contra el Araña, yo pensé en un principio que quería matarme, pero estaba equivocado. Hugh fue a tiro hecho, a liquidar a Eddie Reinder, para evitar que me dijera el nombre del verdadero asesino de Hannes. Reinder no murió en el acto, aunque sólo pronunció una sílaba de dos letras. Como yo le llamaba por su diminutivo, Ed, él repitió la misma sílaba y yo creí que lo decía en la inconsciencia de la agonía. Pero, en realidad, quería decir Edna..., sólo que ya no tuvo tiempo de completar el nombre.

—¿Por qué iba yo a matar a Hannes? —preguntó la joven con acento despegado.

—Por el resguardo de la consigna de ferrocarril, donde Hannes había dejado los cuadernos —respondió Lane—. Con ellos en vuestro poder, el de Mickey se habría acabado prácticamente. Lo habrían tenido en sus manos y le hubieran hecho bailar al son de la música que ustedes habrían tocado a su gusto, como un monigote.

»A Terence Dillon, otro de los hombres de confianza de Mickey, le asesinó un desconocido, para evitar la competencia. Evans Fourtney murió porque era el encargado del revelado y positivado de las películas y fotografías que se tomaban, para extorsionar a la gente, y ustedes dos no querían que yo supiera quién las tenía, porque ello interfería sus planes. Ciertamente, Mickey había enviado a su gente por otro lado, para recobrar los cuadernos, pero ustedes dos también iban a la zaga, ya que el asesinato de Hannes resultó un fracaso, aunque Mickey se alegrase de que le hubieran quitado de en medio.

Marlowe también formaba parte de la banda de extorsionadores, aunque las últimas noticias que tengo de él son de que se ha largado de la ciudad, hasta que pase el temporal.

—Va a resultarle muy difícil probar todo lo que dice —afirmó Blossom roncamente.

—Va a resultar muy fácil. Guardo el anónimo dirigido a Spring

Hawkes. En alguna parte aparecerá una máquina de escribir, cuyos tipos comparará la policía en su momento.

Pero, sobre todo, les harán muchas preguntas, como directores del burdel de Denkate Farm. ¿Buscaban «carne fresca» en la fiesta de cumpleaños de Spring? —Lane se volvió hacia Brown—. Mickey, ¿por qué estaba allí Cara de Muerto?

—Les vigilaba a ellos. Yo sabía ya que me traicionaban, pero no quería dárselo a entender, para que no sospechasen.

Lane soltó una risita.

—Todos traicionaban a todos —comentó—. Lo más divertido de todo, sin embargo, fue el continuo traslado del cuerpo de Hannes. Primero en mi coche, luego en mi apartamento... Hugh, ¿quería cargarme con las culpas?

—Adivínelo —contestó el mencionado, hoscamente.

Lane sacó un cigarrillo y una tira de fósforos.

—Bien, Mickey, ahí los tiene —dijo—. Ahora ya sabe qué clase de pájaros tenía a su servicio. Aunque, si bien se mira, en su negocio, el que está arriba siempre corre el riesgo de padecer las consecuencias de la ambición de los que están más abajo. Ellos querían ocupar su puesto, así de sencillo, y con los cuadernos lo habrían conseguido.

—Todavía podemos conseguirlo —masculló Blossom. De pronto, sacó su revólver—. Esta vez no podrá deshacerse del cadáver de Mickey; cuando venga la policía, le encontrarán aquí, muerto, a su lado...

Lane encendió el fósforo y arrimó la llama al celuloide, que se inflamó de pronto con gran fogonazo. Mickey saltó a un lado.

Blossom disparó una vez, sin encontrar su Manco. Mickey sacó su pistola y le metió una bala en el estómago.

El sujeto aulló y se sentó en el suelo. Edna, llena de pánico, intentó escapar.

—¡Maldita zorra! —aulló el gordo.

Hizo fuego dos veces más y las balas alcanzaron a la joven en la espalda. Edna cayó de rodillas, intentando agarrarse a las molduras de la puerta, pero las fuerzas le fallaron súbitamente y se desplomó a un lado.

La moviola salió disparada como un proyectil, arrojada por la mano del joven. Brown recibió el impacto en un lado de la grasieta

cara y cayó al suelo. Lane dio un salto y apartó la pistola de un puntapié.

En el mismo momento, se oyó el alarido de una sirena.

Lane encendió otro fósforo y prendió el cigarrillo.

—La policía viene de Denkate Farm —dijo plácidamente—. Hay allí algunas mujeres, encerradas contra su voluntad. Ahora podrán hablar sin temor a represalias..., sobre todo, teniendo en cuenta que Dave y Ketchey están siendo examinados en estos momentos por Satanás. Les asignará una de sus mejores calderas, seguro.

Brown miró al joven con ojos de asombro. Abrumado, se tendió en el suelo y empezó a llorar.

Lane dirigió la vista hacia la caja fuerte, completamente abierta. La policía encontraría muchas cosas interesantes, se dijo.

Pero no el sobre de Murphy, que guardó en un bolsillo. Aquel sujeto no se lo merecía, ciertamente, aunque, tarde o temprano, acabaría por dar con sus huesos en la cárcel.

Seguramente, su nombre estaba también citado en alguno de los cuadernos y...

El coche de patrulla se detuvo frente a la casa.

* * *

—Esos cuadernos van a ser una especie de bomba —dijo Lane aquella misma noche, mientras aceptaba la copa que le tendía la muchacha—. Hay cantidad de nombres de personajes de alto rango, políticos venales, hombres de negocios... Y, sobre todo, el escándalo de Denkate Farm.

Spring se arrodilló junto al joven.

—Y todo eso lo has conseguido tú —dijo, mirándole arrobada.

—No, la secretaria social de tu madre. Se equivocó con la invitación... De no haber existido ese error, yo no habría asistido a la fiesta...

—He hablado con ella. El error consistió en una sola letra.

—¿Cómo?

—Sí. El que tenía que asistir era un tal Larry Bane. Al equivocarse y no percatarse, además, del error, buscó tu domicilio en la guía de teléfonos y te envió la invitación.

—¿Quién es ese Larry Bane?

—Oh... Un amigo...

Lane miró oblicuamente a la muchacha.

—Spring —dijo con severo acento.

Ella levantó la mano.

—He dicho la verdad. No hay nada entre Bane y yo —aseguró.

—Está bien. Spring, ahora, tú y yo tenemos que Hablar muy seriamente —propuso él.

—Sí, lo que digas, cariño.

—Vamos a estar unos meses separados, sin vemos absolutamente. Yo estoy preparando una exposición. Hasta que no cuelgue las telas, no volveremos a vemos. Si entonces sigues pensando lo mismo..., llámame.

—Pero, Larry, yo estoy segura...

—Las diferencias entre los dos, no hace falta que lo diga, son muy acusadas. Sólo puedo suprimir ese obstáculo de una forma. Trata de entenderlo, preciosa.

—Si no hay otro remedio...

—Nos conviene a los dos. Esto podría ser un fogonazo..., y yo quiero una llama que no se apague jamás. ¿Comprendes?

Spring sonrió; aunque decepcionada, se daba cuenta de la sensatez que encerraban las palabras del joven. —Estoy de acuerdo contigo— respondió.

* * *

Seis meses más tarde, se celebró la exposición. La crítica, en general, se mostró favorable al artista, aunque reprochándole un tanto su figurativismo. También le aconsejaron una buena temporada en Europa, donde podría, sin duda, aprender mucho más y pulir su estilo, del que un notorio crítico de arte dijo, textualmente, que «era un diamante en bruto».

Uno de los cuadros que más llamó la atención fue el titulado *La sirena del bosque*, y representaba a una muchacha desnuda, sobre una roca, junto a un arroyo. El fondo era muy evanescente y los detalles estaban más bien sugeridos. La silueta de la muchacha era poco más que una mancha clara contra el verdor de los árboles y el chisporroteo de las aguas del arroyo. Los críticos sugirieron posibles influencias de Turner en el paisaje y de Goya en el trazo de la figura

humana, pero, en el conjunto, la obra tenía un encanto y una frescura pocas veces vistos.

El señor y la señora Hawkes asistieron a la exposición, en compañía de su hija.

Naturalmente, *La sirena en el bosque* llamó muchísimo la atención, hasta el punto de que el señor Hawkes dijo que iba a adquirir la obra.

—Aunque no me gusta mucho tener desnudos en casa, éste merece la excepción —aseguró.

—Habría que ver quién fue la descocada mujer que posó para el artista —refunfuñó la señora Hawkes.

Spring se tapó la boca con una mano. El artista estaba un poco más lejos, rodeado de un grupo de admiradores, intelectuales y críticos de arte. La muchacha pudo atraerle al fin y presentarle a sus padres.

—Larry, papá quiere comprar el cuadro —dijo.

—Joven, ponga usted un precio y lo pagaré sin rechistar —manifestó el señor Hawkes.

Lane cambió una mirada con Spring.

—Tú, ¿qué opinas? —preguntó.

Ella se puso un dedo ante los labios.

—Sobre ese punto, lo mejor es guardar silencio —contestó alegremente.

—Yo creo todo lo contrario —dijo él—. Si nos vamos a casar, no deseo malentendidos en el futuro. No me gustaría que tu familia empiece a pensar que me entiendo con mis modelos femeninos.

—¡Oiga, joven! —exclamó el señor Hawkes—. ¿Debo deducir que la modelo de ese cuadro fue... fue... mi propia... hija?

—Sí, papá —respondió Spring—. Yo soy la modelo.

La señora Hawkes se llevó una mano a la frente.

—A mí me va a dar algo... ¡Qué vergüenza, mi hija, desnuda delante de un hombre!

—¡De un artista, mamá! —exclamó la muchacha—. Además, va a ser mi esposo.

—¡Ah, siendo así, la cosa varía! —dijo el señor Hawkes. Agarró la mano del joven y la sacudió con fuerza—. ¡Bienvenido a la tribu de los Hawkes, artista!

—Gracias, señor. —Lane se soltó y agarró a su vez la mano de

Spring—. Ella y yo nos amamos...

Explicó el pacto que habían hecho seis meses atrás y el padre de Spring se mostró muy satisfecho. La madre, ya recobrada, empezó a hablar de la boda, de los invitados y de la fiesta que darían para celebrarlo.

—No, mamá —contradijo Spring—. Cuanta menos gente, mejor.

—Pero, hija, somos muy conocidos...

—Ha de ser una fiesta íntima, con muy pocos invitados. —Miró a Lane y sonrió—. En la última fiesta que di, tuvimos invitado hasta un cadáver.

—Y no deseamos que se repita —añadió el joven.

El señor y la señora Hawkes se miraron recíprocamente.

—Estos jóvenes de hoy día están locos —masculló él.

—No sabemos entenderlos —se afligió la señora Hawkes.

Lane rodeó los hombros de la muchacha y se la llevó de allí.

—Nosotros sí sabemos entendemos —aseguró—. ¿Verdad, Spring?

—Verdad, Larry —contestó la muchacha firmemente.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.